

Sancho Saldaña,

ó

EL CASTELLANO DE CUELLAR.

SANCHO SALDAÑA,

ó

El Castellano de Guellar:

novela histórica original del siglo XIII

POR

D. JOSÉ DE ESPRONCÉDA.

TOMO I.

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1834.

Reg. 1859

(S)

Sancho Saldana,
ó
el Caballero de Cuellar.

~~~~~  
**CAPITULO I.**  
—————

En resolucion él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran persona de calidad y bien nacida.

Las barbas y los cabellos

.....  
tiénelos fasta la cinta,  
fasta la cinta y aun mase ;  
la cara mucho quemada  
del mucho sol y del aire ,  
con el gesto demudado  
muy fiero y espantable.

*(Anónimo.) Rom. del conde Dirlos.*

**S**ERIAN las tres de la tarde un dia del mes de agosto, cuando un mozo de apariencia pobre y en trage muy derrotado, despues de haber atravesado el arenoso pinar de Olmedo, se sentó á las frescas

orillas del río Adaja al pie de un árbol que sombreaba la corriente y convidaba á descansar. Parecia ser de edad de diez y ocho años, y aunque el polvo del camino y el calor del sol le traían algo desfigurado, su mirada era alegre, su semblante noble y su cuerpo airoso, siendo este elogio tanto mas justo cuanto menos su trage y adornos le ayudaban á merecerlo. Traía un colete de ante tan acuchillado, roto y mugriento, que apenas se conocia de qué era; una sobrebesta que habia sido de color verde, y de que aun quedaban algunos girones raidos; un sombrero tejido de hojas de árboles, las piernas y pies descalzos, y una lanza en la mano derecha, que tal parecia el palo de que venia armado, y que tenia por contera un regaton de hierro.

-- Veamos, dijo al sentarse, si aun aqui dentro del agua me mortifican tambien estos malditos tábanos que me persiguen.

Y entró ambos pies en el agua hasta la rodilla con mucho cuidado de no mo-

jarse el vestido, como si lo tuviera en mucha estima y no quisiera echarlo á perder. Luego que se refrescó del fuego de las arenas y repuso de las picaduras de los tábanos, sacó un pañizuelo blanco muy limpio de un zurrón que traía, pero tan desgarrado y abierto por tantas partes que por la mas pequeña le cabia el puño. Tendiólo sobre la yerba á guisa de servilleta, y exclamó:

— ¡O cara camisa mia, que por tanto tiempo fuiste mi mas íntima amiga, y que tan aficionado me tenias que siempre te quise tener conmigo y te traje tan á raiz de mi carne por tanto tiempo! ¡á qué punto hemos llegado, amada camisa mia, que cuando creí que de tanto andar juntos y tan apegados te habrias convertido en mi propia carne, y que eramos los dos uno mismo, hallé que de tus anchos y espaciosos vuelos no quedaba ya otra cosa que este pedazo que encontré á duras penas buscándote por mi cuerpo, y que ha venido á parar en mantel á cuenta de tus servicios! *Omnia moriuntur*, como decia

\*

el abad de Benedictinos que me crió. Consuélate, que por tí no se dirá al menos de tu amo que no come pan á manteles; consuelate, celosía de mis manjares, pues tal te puedo llamar, que eres mas trasparente que el cristal, mas diáfana que el aire, y tienes mas heridas que el guerrero mas veterano y acreditado.

Mientras apostrofaba de esta manera al triste resto de su malograda camisa, iba sacando del alforja las consumidas y poco apetitosas viandas que llevaba para el camino, y se entretenia en colocarlas con el mejor orden, simetría y cuidado que le era posible. Consistia su repuesto en dos ó tres mendrugos de pan algun tanto petrificados, un pedazo de queso ovejuno no muy tierno tampoco, dos ó tres tomates crudos, y una bota de vino blanco, aunque mas llena de aire al parecer que de vino. Sacó tras esto un estoque, que no era menos larga la navaja que le servia, comtempló un rato con muestras de mucho gusto la armonía y distribucion de sus platos, y empezó su ocupacion

gastronómica con aire desenfadado y apetitoso.

— Algo rebelde te encuentro, dijo al dar una dentellada en uno de los mendrugos, y que él presumió que le costaba un diente: no creí, prosiguió, que despues de quince dias que te llevo en mi compañía, y cuando mas amañado y suave de trato debia encontrarte, te hallase cada vez mas duro de corazon y menos sociable. Pero yo te castigaré, y haré ver hasta dónde raya mi valor y tu presuncion.

Dicho esto clavó el diente á modo de perro de presa en el endurecido mendrugo, quedando indecisa la victoria por un momento, hasta que al fin el ruido de los demolidos coscurros, y el simultáneo movimiento de las poderosas quijadas, la declararon por el mancebo, que no satisfecho con este importante triunfo, siguió con el mayor denuedo hasta sepultar en su vientre desde el primero hasta el último de sus enemigos. Concluida esta operacion, y sino satisfecho su apetito, aliviada su ne-

cesidad, se echó al rio de bruces y bebió agua: lió en seguida el mantel, tentó la bota, y viendo que estaba vacía dió un suspiro, y doblándola la guardó en el zurrón con los demas utensilios de su comida. Tomó en seguida unas hojas de un libro manuscritas de buena letra en latin en que venia envuelto el queso, y tendiéndose á la larga sobre la yerba, empezó á deletrear á voces como es uso de mal lector. Luego que hubo leído un rato exclamó: ¡Y qué quiere decir todo esto? ¡Y es posible me haya costado tanto azote, y al fin y al cabo no haya podido el buen abad salirse con la suya de que yo aprendiera? Aunque á decir verdad, yo creo que él no sabia mucho mas de lo que me ha enseñado. ¡O vida regalada del monasterio! ¡Cuántas veces te echo de menos! Solo por aquello de *dulces, exubice dum fata Deusque sinebant*, como repetia el buen abad cuando me regalaba el rostro con alguna palmada y no de las mas suaves en prueba de su cariño: solo por eso conservo estas pocas hojas, de que no he podido aun entender la



primera llana, y por lo que me imagino, y no sin razon, que tampoco entenderé la última. Pero en fin, basta de lectura, y dormamos un poco hasta que caiga la tarde y me pueda aprovechar del fresco para seguir mi camino.

Diciendo esto se cubrió el rostro con el sombrero, y de allí á poco empezó á roncar con tanta fuerza y estrépito que su ronquido bastaria á despertar los siete durmientes, y aun á hacer levantar los muertos el dia del juicio final.

Era entonces la hora de la siesta, y el sol en toda su fuerza abrasaba los estendidos campos de Castilla, que si bien mas poblados en aquellos tiempos, no por eso los hacia menos áridos la sequedad propia de la estacion, y sobre todo desde Olmedo á Cuellar, que era el camino que á lo que parecia llevaba nuestro galan. Un bosque de pinos cubre aun hoy dia este camino arenoso, en que se hunde á veces la pierna hasta la rodilla, y donde el sol, quebrando sus rayos en cada grano de arena, reverbera del suelo con un esplendor

tal que deslumbra, dobla el calor y aumenta el cansancio y la fatiga del caminante. Solo se oye el chirrido cansado de la chicharra y el zumbido monotonó de los tábanos, y si algun soplo de viento viene acaso á mecer la copa de un pino cuando el viajero abre los secos labios con ansia para recojerlo, respira el viento abrasado de los desiertos, ó un cierzo de fuego que le consume de sed y le quema en vez de regalarle con su frescura. Tres rios, si tal nombre merecen tres arroyos algo crecidos, dividen este camino á corta distancia unos de otros, que los naturales distinguen con los nombres de Adaja, Piron y Cega, siendo este último la línea ó frontera que separa las tierras del castillo de Iscar de las de Cuellar. El Adaja, vadeable aun en invierno, y último linde de Olmedo á Iscar, moja humildemente esta tierra, que se lo sorbe; pero en sus sombrías orillas, cubiertas de frondosos árboles, se respira ya aire mas fresco, y ofrece una isla de verdura en medio de aquel desierto.

En sus riberas, pues, como hemos dicho, descansaba nuestro desembarazado mozo de la penosa marcha que habia traído, y no haria aun media hora que dormia á pierna suelta cuando sintió una cosa fria que levantando el sombrero que le tapaba la cara, se refregaba contra él, al mismo tiempo que un peso en el pecho, que se removia. Abrió los ojos, y vió que era un perro mastin de gran tamaño y adornado de sus carlancas, que despues de haber satisfecho su sed en el rio se habia llegado á olerle, y le afirmaba las manos en el pecho mientras le humedecia el rostro con el hocico.

— Voto al perro, y mal año para tu amo, gritó con enfado de verse despertar tan fuera de sazon. ¡Quitáte! y lo empujó al mismo tiempo con fuerza echando mano al desmesurado baston, que hemos tratado de describir.

El perro se retiró atras dos ó tres pasos gruñendo como preparándose para embestirle, y el mozo, ya puesto en pie, enarboló el palo en alto, y aguardó á su ene-

migo con resolucion. En esta actitud estaban *frente á frente careados*, cuando la voz de un hombre y un silbido llamó la atencion del mastin haciéndole mudar de intento, y de alli á poco volvió tranquilamente hácia su señor, que saliendo de entre los árboles descubrió una facha tan rústica y salvage que no dejó de sorprender á nuestro campeon. Era de poca estatura, cuadrado, ancho de espaldas, y muy fornido de miembros: sus brazos, que llevaba desnudos, estaban cubiertos de un bello tan espeso, largo y cerdoso, que parecia crines: las piernas arqueadas, sus maneras bruscas, su pelo y barba negros, siendo esta tan poblada, crecida y rizada, que le cubria todo el rostro, sin dejar ver en él mas que dos ojos grandes y verdes que parecia que lanzaban rayos, y acaso de tiempo en tiempo dos hileras de dientes blancos como el marfil y tan juntos que parecian uno solo. No obstante, aunque su traza imponia, y aun podria decirse asustaba, no se sentia al verle aquel horror que inspira la vista de un animal feroz,

y en la viveza y valentía de sus ojos se notaban quizá mas señales de nobleza que de crueldad. Traía vestido un sayo baquero y abarcas por zapatos, llevaba en la mano izquierda un arco y algunas flechas suspendidas de un cinto de cuero, que le aseguraba asimismo un hacha de armas de dimension disforme y extraordinario peso, y pendiente de una cuerda que le rodeaba los hombros, colgaba á su espalda una bocina ó cuerno de cazador. Todo esto vió y observó el roto mancebo, dudando si se pondria en defensa, ó iría, ó le aguardaria con tranquilidad. El primer pensamiento le pareció perjudicial y disparatado, considerando la desigualdad de sus armas; el segundo casi le pareció mejor; pero viendo que el recién venido no hacia movimiento ninguno ofensivo, y que muy lejos de eso le habia evitado la riña con el mastin, se determinó á esperarle á pie firme.

El perro entre tanto llegó coleando á su amo, que alargándole la mano y pasándosela por el lomo,

— Sagaz, le dijo, quién diablos te manda meterte con un hombre dormido: no te tengo yo enseñado á tan poca cosa. Serénate muchacho, añadió acercándose al derrotado, y descubriendo con una sonrisa irónica el marfil de su dentadura, que no parece sino que ibas á venir á las manos con un leon segun lo alborotado que te pusiste.

—No me alboroto yo por tan poco, y aunque el gozquejo es de buen tamaño, no sé cómo le hubiera ido si le hubiese arri-  
mado yo la punta de mi baston.

— Quizá mejor que á tí, repuso el de la barba negra, porque no hubiera encontrado en que morder sino en la carne, segun lo ligera y escasamente que vas vestido.

— Es el mejor trage de verano que tengo, replicó el mancebo con desenfado.

— Y el que mas generalmente todos los dias á falta de otro mejor, repuso el otro con sorna.

— Me he dejado el equipage ahí cerca por caminar mas á gusto, res-

pondió sin cortarse el derrotado mozo.

— Pareces arriscadillo y resuelto, continuó el recién venido en el mismo tono.

— Quizá mas de lo que tú crees, le contestó el mancebo.

— ¿Y hacia dónde se camina tan á la ligera, señor galan? preguntó el de la barba negra.

— Pregunta es esa, repuso el mozo, sobre que es necesario pensar mucho antes de responder, y todo lo que yo puedo decirte es que el fin de mi camino será donde yo me pare, y que el lugar donde me quede será donde me vaya bien, y encuentre en que ejercitar mis talentos.

— Segun eso no llevas otro camino que el que te dé tu buena ó mala ventura, y si aqui mismo te se ofreciese un acomodo tal como tú deseas, aqui mismo te quedarias.

— Ciertamente, repusó el mozo, aunque á decir verdad no sé qué comodidad puede hallar un hombre como yo en medio de este desierto.

— Puede hallar, replicó el Velludo,

una colocacion libre y honrosa que le ponga al igual de los señores mas poderosos, y aun le dé derecho á veces para alternar con ellos; puede hallarla tal, si le sopla el viento de la fortuna, que llegue á ser él mismo un señor, y á tener castillos, ejércitos y vasallos.

— ¡Brillante colocacion, amigo mio! respondió el derrotado. ¿Pero no podia yo saber qué género de talento es preciso para entregarse con fruto á ocupacion de tanta monta y tan productiva?

— No hay duda, pero antes es necesario que sepa yo quién eres, qué papel has representado en el mundo, cuál es tu inclinacion decidida, y cuáles tus mas aventajados talentos, que puesto me pareces mozo de disposicion todavia necesito examinarte mas antes de darte tan honroso cargo.

— Sino viera que hablais con seriedad, repuso el mancebo, dudaria de lo que me decís, porque á calcular por vuestra apariencia (y esto sea dicho salvo el respeto que me inspira ese colgajo de hier-



ro que llevais al cinto ) no promete vuestra traza mas ventajas al que vuestra señoría proteja que ofrece la mia (sin faltar sea dicho al respeto que mereceis), y esto dijo echándole una mirada picaresca de la cabeza á los pies, y concluyó su discurso con una profunda inclinacion jocoseria.

El hombre de la barba negra se sonrió, y le miró como agradado de su desemboltura, y dándole una palmada en el hombro le dijo :

— ¡Pobre niño! ¡cómo se conoce que aun no has visto el mundo sino por un agujero, como se suele decir, y que juzgas solo por las apariencias, sin considerar que si yo te juzgase por la tuya no te propondria en mi imaginacion para empleo de tanta importancia! ¡pobre niño! No sabes tú con quién hablas, si lo supieras temblarias en mi presencia en vez de bufonear.

— Todo puede ser, contestó el roto, pero desde que dejé de oír en boca del abad de Benedictinos la cruel máxima de que la

letra con sangre entra, no he vuelto á temblar nunca, escepto cuando me acuerdo de la sangre fria y cachaza con que ponía en ejecucion su inexorable sentencia.

-- Pues tengamos paz si es asi, dijo el del hacha, porque si un abad te hacia temblar con sus máximas, yo tengo algunas que si te las dijese pareceria que te habias quedado de pronto sujeto á convulsiones y perlesías, y asi repito que tengamos paz, y sentémonos sobre la yerba, donde me contarás tus hazañas, y veré si eres digno del empleo en que he pensado ocuparte.

Y diciendo y haciendo se sentó, y tirándole del brazo con fuerza obligó á nuestro mozo á que se sentase á su lado. La impresion de la mano del de la barba negra en el brazo del derrotado, dándole una alta idea de su musculatura, le quitó la gana de chancearse, y el tono con que pronunció su amenaza le pareció que tenia un no sé qué de verdad tan espresivo, que le infundió cierto respeto, y le llenó de consideracion hácia su persona.

— Pídoos perdon, le dijo, si os he tratado con demasiada libertad, pero mi buen humor es tal, que cuando no tengo de quién hasta de mí mismo me burlo.

— Basta ya, le respondió el de la barba, y dime cómo te llamas, que me parece que me has de acomodar para mi servicio.

Volvióle á mirar el mozo, y no le pareció hombre de muchos criados el que se le proponia por amo; pero el respeto que le inspiraba le impidió hacer mas observaciones, y empezó su historia de esta manera.

— Yo me llamo Usdrobal, soy natural de Leon, y nunca he conocido á mis padres: cuando tuve uso de razon me hallé recojido en un convento de monjes Benedictinos, y al cargo de un abad que se empeñó en enseñarme á leer, y en que aprendiese latin. Aunque mi talento era despejado á voto de aquellos padres, yo era mas inclinado al juego que no al estudio, y como me empeñé en no aprender, me

salí con la mia, y con la de no entrar en la regla, que era el piadoso intento de mi maestro. Dios me llamaba á mí por diferente camino, y así mi primera hazaña fue convertir en pájaras y otras transformaciones las hojas de una biblia que habia costado diez años de trabajo á un copista, y que hallé en la celda del buen abad. Costóme esta diversion tanto azote, que tomé odio á los libros, y de aplicado que podria haber sido llegué á aborrecerlos con tanto ahinco, que determiné no volver á abrir ninguno mas en mi vida, mas que me fuese en ello toda mi fortuna y mi bienestar. Tenia ya doce años, y era lo que se llama una alhaja: llevaba regularmente dos palizas al dia, robaba cuanta fruta habia en la huerta, y hacia mas daño que la langosta: bebia el vino de la bodega, y siempre estaba haciendo diabluras ó meditándolas. Si entraba en la cocina, me entretenia en echar ceniza en las ollas, y me reía de los gritos del cocinero y de los gestos de los buenos padres, echaba sal en las camas para que

no pudieran dormir, tocaba las campanas á vuelo cuando estaban, á mi entender, en la mejor parte de su descanso, perseguía cuantos animales habia en el convento desde la cuadra hasta el gallinero, y por último, hasta el respetable abad no se halló tampoco exento de mi jurisdicción. Juntábame yo con otros chicos de mi edad, que sino eran de lo mejor eran al menos de lo mas malo, y como para sus empresas y las mias necesitabamos dinero, y yo siempre he tenido altos pensamientos, pagaba por todos y buscaba para todos lo necesario. El bolsillo del abad me parecia á mí inagotable, y así por esto como por las razones ya dichas le hacia yo frecuentes sangrías, hasta que le forcé á guardarlo, y le puse sospechoso de todo el mundo. Viéndome ya sin tesoro, pasé de caballero á mercader, quiero decir, que vendia lo que topaba en su celda, amen de lo que podia estraer de la dispensa cuando el dispensero se descuidaba. Creía yo inocentemente que aquellos buenos padres no se enfadarian conmigo

\*

por tal cual friolera que á mí me pareciese bien y me conviniera para mi uso; pero me engañé, porque habiéndome atrapado en una de estas travesurillas, me llevaron á la celda del padre abad, que me echó un largo discurso sobre los inconvenientes que traía para el cuerpo y el alma el feo vicio del robo, y me hizo sentir en seguida los que traía para el cuerpo mandándome coger por cuatro robustos legos, quienes á pesar de mis gritos, patadas y mordiscos, me molieron á azotes, encerrándome además en un sótano, de donde no salí sino para dejar el convento, aunque esto no fue hasta que encojé las mulas de la labor, y satisfice á mi venganza como mejor pude y me pareció.

-- No me disgusta el principio, interrumpió el del hacha, y para tan niño hiciste cuanto se podia esperar de un muchacho bien inclinado. Supongo que no solo te saldrias del convento, sino del pueblo.

-- Asi fue, continuó Usdrobal: no bien habia vuelto las espaldas al claustro, cuan-

do sin saber adónde iba, eché á correr por los campos, y no paré hasta que fatigado de andar, y no viendo donde recogerme por ser ya entrada la noche, empecé á afligirme, me recosté contra un árbol y me eché á llorar. Ya estaba yo pesaroso y arrepentido de lo que habia hecho, y no sabia si volver al convento y pedir por caridad que me recojiesen, ó qué hacer de mí, sin conocer el mundo, muerto de hambre, solo, y en medio de un monte; pero el temor de ser desollado vivo por mis hazañas, y la imágen de los cuatro legos se me representó tan al vivo, que deseché al momento esta idea como un mal pensamiento, y resolví morir primero que verme otra vez objeto triste de su injusto resentimiento. Aunque no habia dormido casi nada la noche antes ocupado en mis venganzas, y habia caminado sin descansar todo el dia, el hambre habia desterrado el sueño de mis ojos de tal manera que los tenia mas abiertos que una liebre, y todo era acordarme de la buena mesa que habia perdido, y de

la imposibilidad en que me hallaba de cenar por entonces , y aun de comer en mucho tiempo , á lo que yo no sin pesadumbre me imaginaba. Estando en estos melancólicos pensamientos, y registrando á un lado y otro por si veía alguna luz que me encaminara , ví venir por la falda del monte dos luces hácia donde yo estaba, y que á pesar del deseo que tenia de hallar alguna que me sirviese de guia , no dejaron de imponerme un poco, de hacer pensar á mi sobresaltad conciencia si seria cosa del otro mundo. Púseme en pie al instante, y poco despues ví dos hombres cada uno con un hacha encendida y armados de punta en blanco que acompañaban unas andas , que traían suspendidas otros dos mas marchando con mucha lentitud por no incomodar al caballero herido que venia en ellas ; detras venia otro soldado á caballo con uno del diestro , que era del caballero , segun supe despues , y que iba todo encaparazonado de hierro ; llegaron adonde yo estaba y uno de los soldados dijo en viéndome: "Aquí está justamente un chico que po-



drá ir á avisar al castillo para que todo esté dispuesto á la llegada de nuestro amo.” Y habiendo convenido todos en mi utilidad, me dieron las señas del castillo, y me enviaron de mensajero. Llegué al castillo, y despues de haber desempeñado mi comision, aguardé la venida del dueño de la fortaleza, que aquel dia no sé con qué intencion habia tratado de saltar con su caballo de mas alto que lo que es permitido saltar sin hacerse daño, y se habia quebrantado cuantos huesos tenia en su cuerpo. Todo estaba ya arreglado, y sus gentes en movimiento cuando él llegó; entraron sus soldados, acostáronle en su cama, y nadie se volvió á acordar de mí, ni yo me atreví á preguntar nada á nadie. Llegó la hora de cenar, sentáronse todos á la redonda, y empezaron á dar del diente con tanta gana que se redoblaron las mias. Nadie me habia convidado, ni aun me habian echado de ver, lo cual, visto por mí, deliberé sentarme tambien, y empecé á comer con ellos con el mayor desembarazo del mundo. Miráronme todos

y algunos se sonrieron, pero uno de muy mala cara y muy serio, despues de haberme mirado de hito en hito largo rato sin pestañear, preguntó si yo era espía, para en ese caso colgarme de una almena en menos tiempo que habia tardado en decirlo. Respondí al momento que no, y casi me quitó las ganas de cenar la pregunta de aquel buen hombre; pero habiendo explicado el motivo de hallarme en la fortaleza, y viendo algunos alli de los que me habian enviado, atestigué con ellos, conté mi historia, y quedaron muy complacidos. Diéronme ocupacion al momento, y me recibieron todos por su criado; procuraba yo servirles en un principio lo mejor que podia, pero como eran tantos y yo uno solo, el servicio iba siempre atrasado; ellos me maltrataban, y yo, que empezaba á disgustarme de servirles de dominguillo, dejé rodar la bola, y propuse hacerme hombre de armas para darles á entender que no sufria mas pulgas que las que no me podia echar de encima. Habian ya pasado dos años, y tenia

yo diez y siete : no habia cosa buena ni mala que no supiera ; manejaba la espada , el arco y el caballo tan diestramente como el mejor veterano , me habian dicho algunas mozas que tenia aire de caballero , y no deseaba mas que una ocasion de señalarme. La primera que se me presentó fue justamente con el que me quiso colgar por espía la primera noche. No se me habia olvidado su buen deseo , y hacia mucho tiempo que asi por esto , como por algunos malos tratos que habia experimentado de él , le andaba buscando quimera. Un dia se me proporcionó su caballo. Era uno de los mejores que habia en el castillo , y él lo queria como á las niñas de sus ojos ; uno de los que yo cuidaba riñó con él y le acertó un par de coces tal que le dejó cojo. El veterano que lo vió , echándome á mí la culpa , tiró de la espada , y se vino á mí decidido á probar el temple en mis costillas. Tiróme una cuchillada que le paré con un palo que hallé á la mano , y á tiempo que levantaba el brazo para se-

gundarme con otra levanté el palo y le acerté un garrotazo en la sien tan de lleno, y aplicado con tanta fuerza, que cayó en el suelo cuan largo era. No me entretuve en ver si estaba muerto ó aturrido del golpe, sino ensillando un caballo monte en él, y fingiéndome portador de un aviso de mucha importancia pasé el puente levadizo, y en llegando al campo dejé al animal la rienda libre, y huí por donde quiso llevarme. Andube dos dias, y al tercero caí en una emboscada de moros, que despues de haberme quitado el caballo y cuanto llevaba, me dieron cien palos, y me dejaron por muerto. Recojióme un pobre pastor que se compadeció de mi juventud, y luego que estuve curado dispuse mi via je á Cuellar, donde pienso entrar en el cuerpo de aventureros que mantiene el dueño de aquel castillo.

-- Amo muy sombrío y melancólico te ibas á echar sino me hubieses hallado aqui, dijo entonces el de las barbas, porque Sancho Saldaña es mas oscuro que la mas oscura noche de invierno.

— Sí, eso dicen, y...

— Y si fuera eso solo, pero no me toca á mí hablar mal del que me ha proporcionado mas de una ocasion de lucirme en mi facultad. Ya le conocerás si sigues conmigo algun tiempo.

— ¿Con que teneis relaciones con él? preguntó el mozo.

— Y tantas, replicó el del hacha, que puedo decir no hace cosa alguna sin consultarme, y aun sin valerse de mí en la mayor parte de las que emprende. Pero no preguntes mas, que has de ver maravillas si te enganchas en mi servicio. Solo te aconsejo si entras en él, que hables poco y hagas mucho, porque entre mis gentes una palabra suele costar la vida, y la accion mas reprehensible del mundo no vale la pena de que piensen un momento en ella.

— Pues señor, exclamó Usdrobal, dicho y hecho: aunque no os conozco soy vuestro, no sé qué teneis que pareceis digno de mandar hombres de mi disposicion: manos á la obra, y ya vereis que

no os dejaré mal en ningun peligro , que aunque nada habeis dicho presumo que sobrarán.

— Sobrarán , respondió el del hacha, en donde alcances la estimacion de tus compañeros , y adelantes en tu carrera. Ahora...

Apenas habia dicho esto , cuando dos silbidos que venian del otro lado del rio interrumpieron su conversacion , y el de la barba negra se levantó ; y mirando hacia donde se oían , vió venir á Sagaz , que se habia alejado mientras hablaban , corriendo hácia él y ladrando con la intencion de avisarle.

— Vamos , dijo su amo á Usdrobal, ven conmigo , y no te estrañes de lo que veas , por raro , malo ó bueno que te parezca.

-- Vamos , repuso Usdrobal , que ya te he dicho que tuyo soy. Y asi diciendo siguió los pasos de su nuevo amo , vadearon el rio , y de alli á poco se perdieron de vista entre los pinares de la otra orilla.

---

**CAPITULO II.**


---

Juzgan ser desconformes los presentes las fuerzas de estos dos por la apariencia, viendo del uno el garbo, y los valientes niervos; edad perfecta y esperiencia: y del otro los miembros diferentes, la tierna edad y grata adolescencia, aunque á tal opinion contradecia la muestra de Orompello y osadía.

(*Ercilla.*)

**P**oco tiempo habian andado, cuando en medio de una plaza de arena que se formaba en el bosque vió Usdrobal hasta ocho ú diez hombres cuyas estrañas cataduras, diversos trages y armas no le hicieron juzgar muy bien del amo que habia tomado. Llevaban los mas de ellos espadas y ballestas, y su trage era muy semejante al del hombre de la barba negra. Algunos iban vestidos medio á la morisca con turbantes en vez de gorras de cuero, y usaban puñal y alfanje; pero

el que mas le estrañó fue uno, cuya única arma era un cuchillo de monte muy largo, y que apartado de los demas rezaba al son de un rosario de cuentas muy gordas con mucha devocion y recojimien- to. Parecia absorto en sus oraciones, te- nia puestos los ojos en tierra, y de cuan- do en cuando cruzaba las manos, alzaba los ojos y suspiraba de lo amargo. Cuan- do ellos llegaron no hizo mas movimien- to que si no perteneciese á este mundo. Todos los demas saludaron con mucho respeto al de la barba negra, como gefe suyo, y uno que se señalaba por su alta estatura, ojos saltones, y lo cari-redon- do y colorado que era, se llegó á él, y lla- mándole á parte le estuvo hablando en se- creto con tanto recato, que á pesar que Usdrobal tenia el oido listo, y trató de coger algo de lo que hablaban, solo pudo entender el nombre del señor de Cuellar entre el sordo murmullo de sus palabras. Parecióle con todo que su amo oía con gusto lo que le decia aquel truan, y que iba poco á poco mostrando los dientes co-



mo en señal de contento, aunque no se le ocultó que habia algo de siniestro en sus ojos y en su sonrisa.

Concluido este coloquio volvió el de la barba negra, y tomando á Usdrobal de la mano lo presentó á su gente, que no habia hecho mas caso de él hasta entonces que si hubiese sido invisible.

— Caballeros, dijo, aquí traigo este mocito, que aunque como muestra es de poca edad, tiene el corazon bien puesto, y es hombre que nos conviene: desde hoy tendrá su parte en nuestras empresas, nuestro botin y ganancias. Zacarías, á tí encomiendo este niño, edúcale y cuida de él; no le falta disposicion, y creo que has de sacar un escélenete discípulo. Ya sabes lo que te he dicho, prosiguió dirigiéndose á Usdrobal, muchas manos y poca lengua; buen maestro tienes, procura tú imitarle, y desde ahora puedes contarte por alistado á las órdenes del Belludo.

— Todo se hará como vos mandais, respondió el maestro con un tono de voz tan débil y afeminado que se le podria ha-

ber tomado por muger á no ir vestido de hombre: pondré á este jóven en el camino de la virtud, y le enseñaré la moral necesaria para que se lave de las gotas de sangre que manchen sus manos por casualidad; y sin alzar los ojos siguió en sus meditaciones.

— Lo primero que hay que hacer es armarle, y que se quite esos trapos, dijo el Belludo, porque claro está que el soldado se ha de vestir de la hacienda de su señor: que uno de vosotros se llegue á nuestro almacén y traiga con que vestirlo.

No habia acabado de decirlo, cuando uno de los moriscos echó á correr con tanta ligereza que no le alcanzára el viento, y de allí á poco volvió cargado con todo lo necesario.

— Toma, cristiano, le dijo entregándole un sayo de cuero, una gorra de lo mismo, el resto del vestuario y las armas correspondientes, toma, y quítate ese espantajo de la cabeza (aludiendo al sombrero de rama), que pareces un asno cargado de leña verde.

— Gracias, repuso Usdrobal, y por los muchos que habrás desnudado, sin duda alguna, en tu vida, ayúdame á vestir ahora, y cuéntame entre tanto si la ocupacion que traeis en este desierto es mas santa que lo que á mí se me ha figurado.

— Yo no hago mas que lo que me mandan, repuso el mozo con aspereza, y en cuanto á si es bueno ó malo no me entremeto, cuanto mas que haí está el señor Zacarías, que sabe leer y reza en latin, y dice que en el mundo hay de comer para todos, y que el que no tiene es menester que busque, y yo juro por Mahoma que lo que él dice me parece bien.

— Lo que yo digo, dijo entonces Zacarías, que entreoyó la conversacion, en su tono melífluo y afeminado, es que tú eres un pagano, que aplicas mis máximas como mejor te conviene, *tuo more*. La moral, hijo mio, prosiguió con Usdrobal, es la ciencia que yo predico, y puedo tener la vanidad de decirte que gracias á mí, ha hecho grandes progresos entre estas gentes.

— No creo, dijo entonces Usdrobal, que aqui haya venido tanta gente honrada á aprender únicamente eso que llamas moral, y si no creyera que otras ocupaciones mas nobles os sirven de entretenimiento, no me quedaria aqui mas tiempo que tarda en cantar un pollo.

— Dos años hace que estoy en la compañía, dijo el morisco, y desde que oí al señor Zacarías le he dejado el encargo de esas cosas que nos predica, y si he pensado media hora en ellas, Alá permita que no vea yo ponerse el sol esta tarde.

— Fariseo excomulgado, exclamó el moralista sin mudar de tono, ¿cómo te atreves á hablar asi? ¿quién te ha enseñado á ensangrentar tus armas, *lababo manus*, como Pilatos? ¿quién te ha adiestrado en meter la mano en el bolsillo ajeno sin que faltes á la caridad? y por último, ¿quién ha hecho mas célebre en estos contornos la partida de nuestro insigne, formidable y respetabilísimo capitán el Velludo, sino este humilde gusa-

no que ves aqui? *humilissimus vel miserabile.*

— Toma, dijo el moro. ¿Y quién lo niega? ¿digo yo lo contrario? yo lo que digo es que no entiendo esas jerin-gonzas, y que sin saberlas sé manejar mis armas como el primero. Lo que quisiera era que se armase una tramoya donde se viera á las claras quién era Amete el izquierdo, aunque ya se ha visto mas de una vez que yo no soy nuevo como este mozo recién venido.

— Pero vamos claros, preguntó Usdrobal, ¿es esta una partida de ladrones, ó qué clase de gente somos?

Aun no habia acabado de preguntarlo, cuando un puñetazo en el cogote de buena marca que lo dejó medio atontado, y le hizo zumbiar los oidos por media hora, le dió á conocer la insolencia de su pregunta, y el peso enorme de la mano descomunal del gigante de los ojos saltones que habia estado hablando con el Velludo. No le pareció á Usdrobal muy bien el aviso, y echando mano á su puñal como

;

pudo, en medio de su aturdimiento, tiró un golpe con él á su advertidor con tanta fuerza, que á haber ido con mejor tino no le hubieran vuelto á dar ganas de avisar á nadie tan bruscamente. Pero Zacarías le tuvo el brazo en lo mejor de su furia, y poniéndose entre los dos estorbó al mismo tiempo al gigante que le embistiese.

— ¡Paz, hijos míos! la cólera nos arrastra á cometer acciones de que luego nos arrepentimos, y el hombre es una bestia feroz cuando se deja arrebatarse de su ira: *indomita silvarum fera*, como dice no me acuerdo quién. A sangre fría se debe herir á su enemigo, y tomar venganza de las injurias.

— Mosen Zacarías, dijo el de los ojos saltones medio en provenzal, medio en castellano, voto á Deu que si este mozo llamar lladre á nos, que le haga yo se arrepienta.

— ¡Cómo! ¿qué es esto? gritó el capitán á Usdrobal: ¿no hace una hora que estás con nosotros y ya has armado quimera?

-- No es quimera , replicó el catalan, es que yo enseñe á hablar á este home.

-- Por cierto, Usdrobal , dijo el Vellido , que te creí de mas penetracion y mas mundo ; ya te he dicho que la lengua casi está demas entre nosotros , y que mires bien lo que hablas.

-- No tengais cuidado, repuso Usdrobal , que ya veo por mí mismo cuán á la letra toman aqui ese consejo de callar y hacer , y esto me servirá á mí para en adelante ; pero juro... añadió lleno de cólera y entre dientes.

-- No jures, interrumpió con tono suave el hipócrita Zacarías. *Utrum juramentum* , y no me acuerdo qué mas : puedes tomar la venganza que sea justa , puesto que es justa la defensa propia , *justum et tenacem* , sin que cargues tu conciencia con juramentos, que es lo principal, la conciencia , hijo mio.

-- No sé , dijo entonces un viejo que tenia toda la cara llena de cicatrices , para qué trae aqui el capitan chiquillos.

-- Los traerá , dijo otro con un ojo re-

mellado y el otro bizco, para que nos sirvan de diversion.

-- Á su edad, replicó el morisco, ya habia yo hecho mas de una hazaña, pero éste apostaria á que no tiene fuerza para cortar el dedo meñique á un hombre de solo una cuchillada.

-- Usdrobal, exclamó el capitan sonriéndose, ¿qué diablos tienes que no vuelves por tu honra? parece que estás aturrido aun con el aviso de nuestro teniente.

Lo que decia el Velludo en parte era cierto: Usdrobal, aunque determinado y animoso, naturalmente provaba en aquel momento la sorpresa que causa generalmente á un muchacho de poca edad la reunion de mucha gente desconocida, y cuyos usos, lenguaje y vestidos no dejan de estrañarle, puesto que la principal causa de su silencio mas provenia del mal humor que habia engendrado en él la improvisada bofetada del catalan, y el ansia de vengarse que le punzaba.

-- Estoy reconociendo el terreno, contestó no obstante con mucha calma.



-- Mejor te han reconocido á tí el cogote, replicó el morisco, que todavia te está echando humo del bofeton.

-- Como fue á puño cerrado no le duele, añadió con mofa el de los ojos bizcos.

-- No creo que me hayais traído aqui, dijo Usdrobal al Velludo mostrando un sosiego que desmentia el color encendido de sus mejillas, para servir de juguete á vuestros soldados, ó lo que sean, y juro que si tal supiera...

-- Amigo mio, le respondió el capitán, yo no te he tomado para nada de eso, pero si te pican moscas á tí te toca sacudírtelas, que no á mí.

-- Sí, hijo mio, añadió Zacarías con su voz melosa acercándose al corro que ya se habia formado al rededor de Usdrobal, aqui cada uno tiene que mirar por sí, y de otro modo no hay santo que le socorra: *nulla est redemptio*.

-- Al contrario, dijo el bizco alargando la cara socarronamente y aparentando compadecerse de él, aqui está mejor que en casa de su padre, y tiene una porcion

de amigos que le servirán á su voluntad. ¿ Os ha hecho mucho daño? continuó llegando á él.

-- No os acerqueis á mí, repuso Usdrobal, porque aunque os parezca manso...

-- Pero hombre, yo, replicó el bizco, no vengo con mala intencion, al revés; la mia es buena; os veo solo y os he tomado cariño desde que os ví. ¿ No es verdad que da lástima de él? preguntó volviendo la cara á los otros á tiempo que hizo un gesto al morisco para que se pudiese á cuatro pies detras de Usdrobal sin que éste se apercibiese. Á mí no me gustan juegos, continuó, y viendo que ya su compañero estaba en la disposicion que le habia indicado, se hizo él mismo empujar de otro, y cayendo sobre Usdrobal le dió un pechugon tan fuerte que yendo éste á echarse hácia tras tropezó sobre el morisco y cayó de espaldas.

Las carcajadas y la grito que se movió á su caida en toda aquella desalmada gente aturdieron un momento al pobre mozo, que no pudiendo contener mas

tiempo su ira, y levántandose como un rayo, tiró de su alfange y se arrojó sobre ellos, sin considerar su número, ni pensar en otra cosa que en su venganza.

-- ¡Á él! ¡á él! gritaron todos. ¡Á él, que se ha vuelto loco! vamos á atarle á un pino: ¡se ha vuelto loco!

Y diciendo y haciendo, cayó sobre él una nube de foragidos, y á pesar de su valor y la cólera que le hervia, se vió al momento cercado de todos ellos, y asido tan fuertemente que no podia menearse. Pintar la rabia que se apoderó entonces del animoso mancebo seria imposible; baste decir que la palabra se le cortó entre los dientes, y que arrojaba espuma y volteaba los ojos como si de veras estuviese demente, y sin duda le habria ahogado su furia si el capitan no le hubiese hecho soltar diciendo:

— Aquí no permito yo que se riña sino uno á uno, y juro por la Vírgen de Covadonga que no hay uno de vosotros que solo á solo haga perder un palmo de tierra á este mozo, á pesar de su poca edad.

Los vandidos, pues tal era su oficio, creyeron en un principio que el Velludo se chanceaba; pero habiendo conocido en sus ojos que no hablaba en broma, se separaron dejando á Usdrobal, á quien él prosiguió diciendo:

— Si quieres satisfacerte del agravio que has recibido, yo te apadrino, y elige el que quieras para pelear.

— Eso es hablar, dijo Usdrobal ya mas sereno, y por de pronto quiero medir la cara de un tajo á ese grandullon que avisa á bofetadas, y despues uno tras otro podrá venir el que quiera.

— ¡Bravo! gritaron los vandoleros, para quienes no habia en el mundo espectáculo mas divertido que ver dos hombres hacerse pedazos; y al punto se presentó el catalan esgrimiendo una espada, que en lo larga y pesada podria haberse creido la del Cid que se guarda en la catedral de Burgos.

— Hijo mio, dijo Zacarías á Usdrobal, no te dejes arrebatat de la ira.

— Sí, si tins algo que dexá al mun-

do, puedes encargarlo á ese home, gritó mofándose el catalan, ya puedes encomendarte á Deus.

— Y tú al diablo que te lleve, le respondió Usdrobal echando mano á su alfange, que ahora puede que te envíe yo á hacerle compañía á los infiernos.

— Buen ánimo, Usdrobal, y no me dejes mal, le gritó el capitán viéndole que se iba para su contrario.

— ¡Espera! ¡Espera! gritaron todos; y formando un corro bastante ancho para que los peleantes pudiesen moverse acá y allá, ya retirándose ó avanzando, fijaron sus ojos en ellos, muy persuadidos de que á las primeras de cambio iría el atrevido mozo á contar al otro mundo el resultado de su combate.

El catalan estaba parado en medio muy ufano con su espadon riéndose de la poca estatura de Usdrobal, que apenas le llegaba al hombro, y mirándole con tanto desprecio como el gigante Filisteo cuando vió venir á David. Usdrobal le miró de arriba á bajo con mucha calma, y el

capitan, dando dos palmadas, dió la señal de la acometida. El primero que embistió fue el catalan, que levantando el brazo en alto tiró una cuchillada tan vigorosa, que á haber cogido á Usdrobal le hubiera hendido de medio á medio. Pero éste con la ligereza de un corzo saltó hácia tras, y hurtando el cuerpo dejó al aire que recibiese en su lugar el golpe, y acometiéndole con la misma presteza en el mismo instante se llegó á él tan cerca y descargó su golpe con tanto tino, que le rajó el sayo de cuero de arriba á bajo, arañándole de paso el pecho con el alfange. Este movimiento tan rápido y tan acertado volvió la esperanza en el ánimo del Velludo, y cambió la idea que todos habian formado del resultado de la pelea, quedando ahora suspensos, y sin saber por quién se decidiria. El catalan que vió tan cerca de sí y tan pronto á su impetuoso enemigo, no pudo menos de sorprenderse, y mucho mas considerando que como se habia metido casi debajo de él no le dejaba espacio para herirle con la espada ni tiempo de

retirarse, esponiéndose en este caso á recibir la punta del alfange en su corazon. En tal aprieto no tuvo mas recurso que abrazarse con él, lucha muy desigual para Usdrobal á no haberle éste cogido por la cintura, lo que al cabo le daba alguna ventaja. Entonces fue cuando todos creyeron que la inmensa mole del catalan sin duda le abrumaria, especialmente el capitan, que á pesar del poco tiempo que le conocia se le aficionaba cada vez mas por su intrepidez.

— ¡ Firme, muchacho ! gritaban unos, — ¡ Agárrate bien ! decian otros : mientras que Usdrobal, mas enlazado al cuerpo de su contrario que las serpientes de Laocoonte, volteaba acá y allá con los pies en el aire á cada sacudida del catalan. La mas viva alegría brillaba en los rostros de los concurrentes, viendo alargarse la diversion, y asi unos azuzaban, otros aconsejaban, todos sin saberlo ellos mismos, echándose hácia adelante y estrechando el círculo á pesar del Velludo, que los contenia; por último, el catalan

y su enemigo, que se habia cogido á él como un gato acosado se agarra y sostiene de una pared, cansado el uno de forcejear para derribarle y el otro para sostenerse, soltáronse ambos el brazo derecho con intencion de echar mano á los puñales que tenian al cinto y concluir de una vez. Pero Usdrobal, mas listo, habiendo conocido el intento de su contrario y asiéndose bien con la mano izquierda, sacó del cinto de éste su propio puñal dejándole desarmado, y á tiempo que el catalan pugnando por impedirselo les descibió ambos brazos, el determinado mozo desembarázandose de sus garras dió un salto atras y otro adelante en el mismo punto con tanto brio, llevando el puñal en alto, que le atravesó de parte á parte y le hizo venir al suelo al empuje de su arremetida.

-- ¡ Viva! ¡ bravo! ¡ bien! y cien palmadas resonaron en medio de estas aclamaciones, victoreándole á porfia los mismos que poco antes le habian despreciado, y sobre todos el capitan, que yendo á él



le abrazó diciendo: -- ¡ Viva! Usdrobal, me has dejado con lucimiento.

-- Preguntad , respondió éste, si hay alguno mas que quiera reemplazar á ese pobre bestia ; y recogió del suelo con mucho sosiego su alfange.

— No, amigo mio, replicó el Velludo, no creo que quieras quitarme el mando quitándome mis vasallos. Vamos, Urgel, continuó volviéndose al derribado catalan, ¿ qué tal las manos del mocito? ¿ sabe lo que se hace? ¿ eh? ¿ en dónde te arañó?

— Voto va Deu el noy, que creo que me ha dejado manco , repuso Urgel á tiempo que se levantaba sonriéndose, sin muestras de resentimiento.

Miráronle la herida , que no le dejaba mover el brazo , y aplicándole un poco de aguardiente que traía el bizco en un zaque de cuerno , le apretaron una venda lo mejor que pudieron, riéndose todos y festejando el lance , como si hubiese sido el mas gracioso sainete.

— Voto va Deu , decia el bizco , te descuidaste : no creo nunca haber reido

mas sino el dia aquel , hace seis meses, que estabamos bebiendo vino , y te cortó Zacarías por entretenimiento las pantorrillas con su cuchillo.

-- Estaba éste , dijo el morisco riéndose , borracho como una uva , y el otro mas , y éste le decia , corta , corta , y el otro dijo corto , y le hizo dos ó tres sajaduras que ni pintadas.

-- Pues hoy , voto á Deu , no dije yo corta , mas volia cortar , y non pas pude , pero non pas hablemos de eso , continuó el provenzal dirigiéndose á Usdrobal , y aí tins la mano izquierda que esta non podo dártela , y quedamos amigos.

-- Sí , tómalas , y pelillos á la mar , respondió Usdrobal alargándole su derecha , todo está olvidado.

-- Hijo mio , dijo Zacarías , que habia vuelto á tomar su rosario , buen ojo tienes y buena mano : si arreglas tu conciencia y aprendes bien el oficio , te corregirás del defecto que tienes de ser algo violento en tu cólera , y demasiado pacífico á sangre fria.

Dicho esto se retiró á un lado y volvió á sus acostumbradas meditacionès. En esto estaba ya Usdrobal muy querido y considerado de sus compañeros, merced á su buena suerte y animosa disposicion, cuando un hombre que por su trage no parecia pertenecer á la compañía llegó á ellos con mucho misterio mirando á un lado y á otro como receloso de que le siguieran; llamó al Velludo, y se apartó con él á un lado secretamente.

— ¿Qué hay de nuevo? le preguntó el capitan: ¿sale mañana el conejo de su madriguera, ó no sale?

— Sale, le respondió el otro, y lo que hay que hacer es tener buenos perros para que no se escape.

— Eso va de mi cuenta, respondió el capitan: tu amo el señor de Cuellar y yo hemos tratado lo que hay que hacer, y seria yo el perro más perro del mundo sino se la entregase como desea. La cosa está en que ella se asome siquiera á la puerta de su castillo.

— Pues mañana se te cumple el gus-

to, repuso el recién llegado, y cuando yo te lo afirmo no lo dudes. No han salido antes á caza por la muerte de aquel petate viejo de su padre, pero ahora lo que sé decirte es que para mañana me han mandado que prepare los halcones, y doña Leonor, si cabe, es mas aficionada á la caza todavia que su hermano.

--Pues dicho y hecho, dile al señor de Cuellar que mañana en todo el dia cuente con ella: ¿y á qué lado van, sabes?

--Correrán regularmente todo el pinar de Iscar, replicó el halconero.

--No hay mas que hablar, está bien, contestó el Velludo.

--Pero cuidado, ya sabeis que ella debe ignorar que todo esto se hace de orden del señor de Cuellar; Pobrecilla! casi me daba lástima esta tarde cuando la ví, pensando en quién se la va á llevar.

--En efecto, respondió el capitán, si se la llevase el diablo seria mejor para ella que no ir á poder de tu amo; y creo que es linda como un sol.

-- Es la mejor moza, dijo el halconero, que he visto en mi vida: no hay un halcon mas listo ni mas gallardo.

-- Pues señor, eso no nos toca á nosotros considerarlo, contestó el capitán; si se fuese á pensar en lástimas, se tendria que estar un hombre toda su vida sin matar un pájaro. Dile á tu amo que está corriente. ¿Quiéres echar un trago?

-- Vaya, venga una gota de vino y me voy, no sea que ese maldito viejo de Nuño, que desconfia de todos, sospeche de mí no viéndome en el castillo.

El capitán entre tanto mandó á su perro que tragese la bota que llevaba uno de los ladrones, y habiendo vuelto con ella la alargó al halconero, que la besó un rato muy cariñosamente. Luego que hubo bebido se despidió y alejó con el mismo recato que habia venido, y el Velludo volvió adonde estaba su comitiva.

Como ya se habia puesto el sol, determinaron de retirarse á su habitacion, y emprendieron alegremente su marcha.

Llevaban á Usdrobal en medio aga-

\*

sájandole á su manera, y tratándole como si hiciese un siglo que anduvieran juntos, y cada cual le refirió sus proezas durante las dos horas largas que tardaron en llegar á las márgenes del Piron, donde habia una cueva en la misma orilla, de entrada muy estrecha y disimulada.

No pudo menos Usdrobal de horrorizarse de algunos hechos que le contaron, pero no habia otro remedio, y hubiera sido mirado como una flaqueza manifestar el menor disgusto; disimuló lo mejor que pudo, entró en la cueva, bajó una cuesta muy pendiente, guiado por el Velludo, y en un espacioso salon subterráneo, donde habia algunas camas de yerba seca, durmió aquella noche con sus nuevos cofrades los vandoleros.



---

---

### CAPITULO III.

---

Hermosa cazadora

.....  
Con el cabello de oro suelto al viento  
de rosas y de flores coronado  
¿eres Napea de este valle estrecho  
que alcanza con ligero movimiento  
al javalí sediento  
y del ciervo la planta voladora?

*(Herrera.)*

Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,  
negra fantasma ó sombra descarnada

.....  
.....  
..... y con amiga  
caricia le adestró con ir delante  
pidiéndole por señas que le siga.

*(Balbuena.)*

**A**PENAS el sol brillaba en el orizonte,  
cuando un confuso estruendo de bocinas,  
ruido de gente y estrépito de caballos re-  
sonaron á la redonda por el pinar, y  
anunciaron la grito y algazara que pre-  
cede á una cacería.

— Arriba, muchachos, gritó el Velludo á su gente, que ya despierta estaba dando fin á un lechon de que habia cenado la noche antes, y vaciando algunas botas de vino, sentada á la redonda á la entrada de su habitacion.

— Hoy tenemos que hacer, prosiguió; y aunque la empresa no creo que sea arriesgada, pido no obstante que estemos alerta, no se nos escape la liebre.

Concluyeron su almuerzo, y todos se pusieron en movimiento muy alborozados con las noticias de su capitán, que dirigiéndose á Zacarías le llamó para que reemplazase en su empleo al catalán, que aquel día, á causa de su herida, tenia que quedarse de guardia. Zacarías llegó al Velludo con el rostro muy compungido y los ojos cubiertos de lágrimas, lo que habiendo notado éste le preguntó qué le habia sucedido que así lloraba.

— He tenido un sueño esta noche, le contestó suspirando con voz muy ténue, que me tiene estremadamente afligido. ¡Ah!

— Pues entonces, respondió el capi-



tan sonriéndose, no me lo cuentes, y oye las órdenes que voy á darte, y dejémonos de maulerías.

— Es que en medio de mi sueño, replicó Zacarías debilitando mas el tono de voz y sollozando, he sentido que me llamaban: ¡hi! ¡hi! -- Vive Dios, exclamó el Velludo no sin enojo, que si venis á llorar ahora, que os haga yo que lloreis de veras.

— *Placida, cuput exultit unda* ¡hi! ¡hi! ¡hi! mostradme la cara plácida, respondió Zacarías. -- ¡Por la Vírgen de Covadonga, repuso enfadado el Velludo, pensad que no soy un ama de cria, y que teneis ya cerca de cincuenta años.

— Si os enojais conmigo me callaré, replicó el hipócrita gimoteador: yo solo queria deciros... ¡hi! ¡hi! Sino hubieran sido la destreza y habilidades de Zacarías tan útiles al Velludo, sin duda éste no habría aguantado su impertinencia, ni oídole llorar apenas, cuando le hubiese enjugado los ojos con el mango, sino con el filo de su hacha, de modo que no hubie-

ra vuelto á tener necesidad otra vez de nadie que le consolara; pero la conocida sutileza del viejo hipócrita para ciertos planes, y su mucha destreza para ponerlos en práctica, le hacian tan necesario á su capitan, que viendo que persistia en llorar, tuvo á bien callarse y oirle, aunque no sin juntar las cejas de cuando en cuando, mover la cabeza, mostrar su impaciencia, interrumpiéndole con un ¡hem! ú otra espresion de enfado mas de una vez.

-- Tengo que oiros por fuerza, dijo el Velludo; decid lo que querais y breve.

-- No gastaré mucho tiempo, repuso el dolorido moralista, porque el diablo suele aprovecharse de aquel que pasamos ociosamente.

— ¡Hem! decid, interrumpió el capitan.

— Voy á ello... esta noche... *temor in ánima*, y no sé mas... *¿Quare conturbas me?* ¡hi! ¡hi! -- ¡Hem! volvió á esclamar el Velludo dando una patada en el suelo violentamente.

— Vino, como digo, continuó Zaca-

rías. ¡ Ah ! Si estuviera aquí el ermitaño que me enseñó latin, ¡ cuán oportunamente encajaria aquí sus textos... pero yo miserable gusano ! ¡ *miserabilis* !

— Adelante, gritó el capitan.— ¡ Ah ! Sí, no os irriteis. La ira... aquí venia bien un texto ; pero no me acuerdo , seguiré : vino la voz , y dijo : ¡ Zacarías ! ¡ Zacarías ! y creí yo que me llamábais vos , que habíais tenido alguna vision...

— ¡ Diablo ! gritó el capitan: ¡ qué vision ! sigue : ¡ voto va !...

— ¡ Señor ! ¡ señor ! no os enojeis con vuestro humilde siervo. ¡ Hi ! ¡ hi ! paso adelante , prosiguió Zacarías. Pues es el caso que siguió la voz diciendo: el infierno se abre ya para devorarte , y no te basta para evitarlo el viaje que hiciste á tierra Santa de peregrino , ni haber sido sacristan , ni vivir ahora en el Yermo , nada, sino predicás á tus compañeros y logras de ellos que no echen maldiciones, ni blasfemen, ni juren como acostumbbran... Está bien, ¡ yo lo predicaré ! ¡ yo lo predicaré ! dije , y no oí mas: ¡ hi ! ¡ hi ! hi !

— ¿Has acabado? preguntó el capitán. — Sí señor, vuestro siervo no oyó mas: pero es preciso que vos seais el primero que os corrijaís del vicio de jurar á cada momento.

— Pues dame por corregido y óyeme.

— ¿Me lo prometéis?

— Te lo juro, y óyeme, que antes es la obligacion que la devocion.

— A un mismo tiempo, señor, á un mismo tiempo, replicó Zacarías enjugándose los ojos con los dedos.

— Está bien, contestó el Velludo tratemos ahora de lo que hay que hacer, y no canses. En primer lugar, hoy desempeñarás las funciones de teniente en vez del catalan, y dispondrás de la mitad de la tropa, dividiéndola en varias emboscadas por todo el pinar acá y allá, segun mejor te parezca. En segundo lugar, ¿no oyes? ¿qué diablos estás ahí murmurando?

— Sí oigo, replicó Zacarías con su acostumbrada mansedumbre; pero estoy al mismo tiempo repasando un texto.

-- Pues como digo, seguirás sin perder de vista una jóven... esto es si va por donde tú estés; ya la conoces, la del castillo de Iscar.

-- ¡ Ah! sí, la que no quiere dar al Cesar lo que es del Cesar, contestó Zacarías, es decir, la que se niega á un hombre tan santo como el señor de Cuellar.

-- La misma, pero no hay que mentar delante de ella semejante nombre ni aun por asomo, respondió el Velludo.

-- Entiendo, replicó el gazmoño, entiendo lo que se quiere.

-- Para esta noche ha de estar ya en mi poder, cueste lo que costare, aunque el de Cuellar me ha encargado que no se haga nada á la fuerza, y procedamos con astucia en todo.

-- Se hará, respondió Zacarías, como deseais.

-- Sin hacerla daño alguno, replicó el Velludo, ni tocarla al pelo de la ropa, aunque de esto yo cuidaré, porque ninguno de vosotros es de fiar: y cuidado, que el que tenga la suerte de apoderarse de ella

la haga el menor mal, porque de un hachazo haré yo que le bailen los sesos. Ahora llévate la gente que necesites, y ve arreglando la emboscada por la parte de la derecha al otro lado del convento, que yo me voy por la izquierda. Si pudiera ser, sería mejor evitar un encuentro con los cazadores y retirarnos á la cueva al momento que se haga el robo.

-- Se hará como deseais, respondió Zacarías con mucha humildad, y vuestro siervo os obedecerá; *servum erat... erat...* ¡maldita memoria la mia! me alegro de hacer este servicio al señor de Cuellar, que tiene trazas de ser un bendito.

Dicho esto contó su gente, llevándose seis hombres consigo, y entre ellos á Usdrobal, predicándoles por el camino que no jurasen, sino al contrario imitasen su devocion, no dejándose tentar del demonio &c.; y el Velludo, seguido de su mastin, echó á andar con otros tantos hácia la parte opuesta del bosque.

En este tiempo los cazadores habían soltado los halcones, que ya remontán-

dose hasta las nubes, ya deteniendo el vuelo, ya desprendiéndose por los aires, habian levantado una garza que perseguian. El tropel de los caballos lanzados á la carrera resonó al punto por todo el bosque, y Leonor de Iscar, que acompañaba efectivamente á su hermano, como el halconero avisó al Velludo, no habia sido la última que á rienda suelta seguía el vuelo del pájaro cazador, muy agena de la celeda que la preparaban. El estrépito que traían dió á conocer al Velludo el camino que debia seguir sin ser visto, aunque mas de una vez oculto entre las ramas vió pasar la divertida tropa no lejos de donde estaba; y la rubia cabellera de Leonor que ondeaba suelta en elegantes rizos sobre su espalda brilló como un rayo de sol entre los árboles á los ojos del vándolero. Seguida de su hermano y algunos otros, aguijaba un generoso caballo torado con tanta bizarría y atrevimiento como el cazador mas experimentado, y á su agilidad y á la presteza de su carrera se la habria podido tomar por una Silfide,

volando en álas del viento llena de belleza y de gallardía. Cualquier mal paso que se ofrecia á su camino, cualquiera zanja, era ella la primera que la saltaba, á pesar de los gritos de su hermano, que trataba de contenerla, y con admiracion de todos los que la veían y su halcon, que habia sido el primero lanzado sobre la garza, parecia querer imitar á su señora en el empeño con que la acosaba, de lo que iba ella no poco vanagloriosa. Ya se cernia sobre su presa con airosa confianza, ó ya calando de lo alto se arrojaba con velocidad, mientras la garza dando temerosos graznidos buscaba en vano donde acogerse de su enemigo. Por último, Leonor vió á su halcon caer sobre ella, y venir ambos pájaros al suelo revoloteando.

Era entonces el momento de gloria para los cazadores, que miraban como un triunfo la dicha del que llegaba primero á arrebatár al halcon su presa. Todos en aquel momento espolearon á sus trotones con mas ahinco que nunca, impeliéndolos con la velocidad del rayo, y



cortando por diferentes caminos, para llegar antes al sitio donde el halcon y su presa se habian derribado luchando. Leonor fue la primera que lo vió, y la que primero arrojó su buen tordo por el sendero que se le presentó delante. Ya unos á otros se atropellaban, trabajando este por ganar y aventajar al que tenia á su lado, aquel por interponer su caballo y detener al que le seguia y trataba de adelantársele, y Leonor sola delante de todos volaba sin reparar en zanjas ni precipicios. De repente el caballo de su hermano se precipita y llega á juntarse al suyo, y un hoyo hondísimo y de bastante anchura parece oponerse á su velocidad. Era preciso torcer á un lado, ó de lo contrario despeñarse en aquella sima que no habria podido saltar el troton de mas ligereza. Ya iba Leonor á tomar la vuelta, cuando volviendo la cabeza para ver á qué distancia llevaba á los que la seguian, ve al caballo de su hermano furioso de la carrera desbocarse y precipitarse, y sin que bastasen á contenerle el freno ni la destreza

de su ginete, abalanzarse desesperadamente hácia el precipicio. No era tiempo de pararse á reflexionar: Leonor lanza un grito, da vuelta de pronto á su palafren, y como un viento se pone entre su hermano y el despeñadero, coge la rienda al desenfrenado animal, y tirándole fuertemente de un lado corta el ímpetu de su carrera y salva la vida de su hermano, dejándole mas que nunca sorprendido de su agilidad.

— Este suceso fue causa de un momento de detencion: no obstante, Leonor se arrojó la primera á quitar al halcon la desdichada garza apeándose de su caballo, y cuando los demas llegaron ya el pájaro vencedor pulía las plumas de su pecho airosamente posado en la mano de la intrépida cazadora. Alzaron todos mil aplausos á su victoria, y Hernando (que asi se llamaba su hermano) no pudo menos de abrazarla cariñosamente, jurando que la debía la vida.

— ¿Y qué hubiera sido de mí en el mundo si te hubiese perdido? respondió Leonor con una dulce sonrisa: al único apo-

yo que me ha dejado mi padre; pero tú dices eso solo por galantería:

— No á fé de caballero, replicó Hernando: tan cierto es eso, como que nadie puede disputarte el triunfo en la caza, no solo entre las damas, sino entre los mas ágiles caballeros.

— ¿Te burlas, Hernando? respondió Leonor: te he visto mas de una vez sujetar tu caballo á tiempo que me alcanzábas; pero dejémonos de cumplimientos, y vamos á ver qué tal nos dan de comer estos buenos monjes que nos aguardan.

Diciendo asi, con aquella gracia que presta la hermosura de una muger ó cuanto dice, saltó sobre su caballo con mucho donaire y delicada soltura, y habiéndola imitado Hernando se encaminaron todos hácia el convento, que á lo lejos entre los árboles se descubria.

Este edificio aislado, de que hoy dia quedan algunas ruinas, estaba situado yendo de Iscar á Cuellar á la derecha de los pinares sobre las márgenes del Pi-

gudas torres y su fachada lóbrega y espaciosa correspondían al gusto del siglo en que se construyó, y solo en aquel desierto, era un asilo muy á propósito para los que deseáran retirarse á la soledad. Un estenso cercado que servía de huerta daba entrada á un cementerio, donde estaban enterrados los primeros poseedores del castillo de Iscar, y en que se contaban hasta veinte lápidas escritas con los nombres y hazañas de los ilustres abuelos de los dos hermanos. En otro tiempo habia habido en aquel sitio una ermita dedicada á un santo célebre por sus milagros, pero la devoción y las limosnas de los señores de Iscar la convirtieron por último en un convento, engrandeciéndola con sus dádivas, y desde entonces todos los propietarios del castillo habian tomado á los monjes bajo su protección, habiendo hecho allí grabar las armas de su nobleza y establecido su panteon. A pesar de las vicisitudes de los tiempos, la fé y devoción de los habitantes de Iscar no habia perdido nada de su primer ardor, y así Her-

nando como su hermana acostumbraban de tiempo en tiempo á ofrecer á Dios en aquel templo sus oraciones, y á visitar los sepulcros de sus antepasados. El abad, á quien de antemano habian avisado, los aguardaba ya en una habitacion fuera de clausura en el vestíbulo del convento. Habia hecho disponer allí una abundante comida para los señores, mientras para los criados se preparó el banquete á la sombra de los pinos con la misma abundancia, aunque con menos preparativos. Todos los pobres de los alrededores habian acudido al gaudeamus que les esperaba, porque en tales festines tenia todo el mundo entrada libre, el vino iba á cántaros, y el regocijo era general.

Los señores de Íscar cuando llegaron fueron recibidos con mil vivas de los parásitos que aguardaban hartar su hambre á costa ajena aquel dia, y el abad del convento, hombre respetable por sus años y grave aspecto, salió á recibirlos acompañado de otros padres, y en llegan-

\*

do á ellos los saludó inclinando la cabeza ligeramente.

— El Señor sea con vosotros. Ambos hermanos, apeándose de sus caballos, hincaron rodilla en tierra, y le besaron la mano uno despues de otro con mucho respeto, y el abad levantándolos con magestad, y como acostumbrado á recibir semejantes muestras de consideracion, los llevó á la iglesia para que orasen.

— Ya, hijo mio, que habeis venido hoy á visitar los humildes siervos de nuestro Señor, dijo el reverendo, os pagaremos con la mejor voluntad la honra que nos haceis, porque en la mesa del pobre no hallará el rico lo que arroja de la suya para sus perros.

— Señor, respondió Hernando, si esta mansion es agradable á Dios, ¿por qué no lo ha de ser para los potentados de la tierra?

— El que se humilla ante Dios será ensalzado.

Entraron luego en la iglesia, arrojáronse todos, y rezaron sus oracio-

nes. No obstante el recojimiento de la hermosa hermana de Hernando, no pudo menos de distraerla y admirarla el éxtasis de un hombre que á poca distancia suya, ya se golpeaba furiosamente el pecho, ya besaba la tierra, ó ya puesto en cruz parecia como enagenado. Era alto, seco y amojamado, y no era la primer vez que aquel dia se habia presentado á sus ojos figurándosele, y no sin fundamento, que le habia visto ya en el bosque tan cerca de ella, y siguiéndola á todas partes como si fuese su sombra. A despecho de la humildad que manifestaba, su apariencia no le era muy favorable, teniendo mas trazas de hipócrita consumado que de verdadero religioso, y sin saber por qué, Leonor sintió cierta repugnancia al verle que no pudo menos de comunicar en voz baja á su hermano. Pero éste, sin reparar çasi en él, le contestó que era una simpleza tener miedo de un hombre que seria sin duda algun pobre atraído alli por el olor del banquete como otros muchos. Con esto Leonor quedó

tranquila, ó aparentó quedarlo, y á tiempo que estaban en todo el fervor de su devocion, el supuesto padre vino andando de rodillas hácia ellos como si quisiera llegarse asi hasta el altar en un éxtasis tan profundo que sin reparar en Hernando tropezó con él, de lo que éste muy irritado, y sin poder contenerse, indignado de la torpeza de aquel villano, le dió un empuellon sin mirarle que le arrojó de sí haciéndole caer en tierra. Pareció el pobre llevar este golpe con resignacion yéndose á otro lado al instante, sin interrumpir sus rezos al parecer, donde despues que estuvo en oracion algunos minutos se levantó y salió de la iglesia andando de espaldas hácia la puerta. De alli á un rato, Hernando, su hermana y el abad salieron tambien de la iglesia, y cuando entraron en la sala del comedor, Hernando echó de menos su rosario de oro que llevaba colgado al lado, y que no pudo hallarse por mas que se buscó en todas partes. Sin duda el pobre se lo habia llevado por equivocacion. Pero este suceso, no ha-



biendo alterado en ningun modo la alegría de los convidados, el abad bendijo la mesa, y los dos hermanos se sentaron á la cabecera mientras que algunos otros gentiles-hombres de su comitiva se colocaron á los extremos.

— ¿Y qué tal, buen padre, ahora que no interrumpen las armas la paz de vuestro retiro, preguntó Hernando al abad, se ha repuesto el convento de las pérdidas que sufrió en las últimas disensiones?

— Dios prueba al justo en las tribulaciones, respondió el Abad; pero ahora que se ha servido dar la paz á sus reinos, gozamos de bastante tranquilidad.

— ¿Y vos creéis que esta paz sea duradera?

— Nosotros al menos lo deseamos, replicó el abad,-- Pues yo no, repuso el señor de Iscar, ni lo deseo, ni creo tampoco que el usurpador del trono de su padre goce largo tiempo del poder que con tan poca razon ejerce, y dia llegará...

— Hijo mio, interrumpió el abad, los caminos de Dios son desconocidos al

hombre: cuando yo en otro tiempo vestí la cota en vez de la cogulla, no deseaba menos que vos la guerra, pero era contra los infieles enemigos de la religion y no contra mis propios hermanos, como ha sucedido ahora, y como esperais que vuelva á suceder dentro de poco tiempo.

— ¿Y vos, que habeis recibido tantos agravios de uno de los primeros favoritos del rey don Sancho, quiero decir, de Rodrigo Saldaña, que tanto ha perseguido vuestro reposo, cómo no deseais vengaros de vuestros enemigos? exclamó el jóven señor de Iscar con impetuosidad.

-- La venganza es un sentimiento profano que no entra nunca en el pecho del humilde siervo de Dios, repuso el abad, y el señor de Cuellar desaparecerá como su impío padre, y sobresaltarán su vida los remordimientos.

— Asi es, dijo Leonor, que he oido decir que Sancho Saldaña no tiene una hora de tranquilidad. Hernando y yo le hemos conocido cuando eramos aun niños, y ¿quién habia de pensar que aquel

Saldaña seria el mismo que hoy hace hablar de su impiedad en todos estos contornos?

Poco despues de esta conversacion, y habiéndose levantado de la mesa los dos hermanos, salieron al campo, y Leonor repartió entre los pobres que mas infelices le parecieron algunas monedas que llevaba para el efecto. Colmada de bendiciones de los ancianos, y admirada de los jóvenes por su belleza, volvía ya adonde su hermano y el abad disputaban sobre el derecho que tenía á la corona Sancho el Bravo, rey de Castilla en aquella época, cuando notó que una muger cubierta de pies á cabeza de una almalafa ó capa morisca, cuya capucha le cubria el rostro, la seguía tirándole del vestido como tratando de detenerla. Ya habia vuelto Leonor la cabeza mas de una vez á mirarla, y habiéndola tomado por una pobre, le habia dicho con dulzura que se retirase y no la molestase mas, pues habia dado para todos la limosna que le pedia. Pero no por esto la impertinente pobre dejaba de seguirla

sin querer separarse de ella, y tirándole del vestido cada vez con mas fuerza. Viendo Leonor su tenacidad, creyó seria alguna mas infeliz que las otras que no tenia bastante con lo ya dado, y sacando una moneda de oro, alargó la mano para dársela sin pararse. Pero cuál fue su sorpresa viendo que aquella muger que con tanto empeño la perseguia, y que ella creía una de las mas miserables, se negaba á recibir el dinero que habria llenado de regocijo al mas descontentadizo mendigo.

—Muger, le dijo entonces, ¿qué quieres de mí? ¿ni qué otra cosa puedo yo darte?

—Yo no quiero ni necesito nada de tí, le respondió una voz suavísima en tono tan bajo que Leonor tuvo que acercarse para oirla bien: al contrario, prosiguió, vengo á hacerte un favor; no desoigas la voz del que habla en mí, y sino quieres antes de la noche que se trueque en lágrimas tu alegría, retírate ahora mismo á tu castillo y no vuelvas á los pinares, porque hay quien te cela, y si-

gue, y te ojea, y antes de tres horas te tendrá en su poder.

En diciendo esto se retiró y ocultó entre la confusión de la multitud, sin que Leonor, que habia quedado atónita y sorprendida, pudiese seguirla ni aun preguntarla quién era el que así la seguía y trataba de robarla cuando parecia mas arriesgado que nunca intentarlo, en un día en que iba rodeada de un séquito numeroso y pronto á sacrificarse por ella. En medio de estas reflexiones la buscaba, no obstante, vanamente preguntando por ella á cuantos hablaba sin poderla encontrar en ninguna parte, no habiendo visto nadie semejante muger, lo que aumentando el misterio redoblaba su curiosidad.

El hombre seco y devoto que habia sin duda robado el rosario de oro á su hermano en la misma iglesia era el único que ella habia visto algunas veces á su entender como si la observara; pero fuera de que un hombre solo no podia acometer semejante empresa, hubiera sido ridículo creer capaz de ella á un vie-

jo villano á quien Hernando de sólo un leve empellon habia hecho rodar por tierra. Sin embargo, un secreto presentimiento la molestaba: cuanto mas se decía á sí misma,

—¿Qué fin podria llevarse esta muger en engañarme tan neciamente? lo mejor será decírselo á mi hermano y dejar para otro dia la prueba de los galgos, que harto tiempo queda para correr una liebre. ¿Y si se mofa de mí, diciéndome que creo en brujerías? ¿Y si piensa que desdoro mi linage y me reconviene de tener temores indignos de una dama de mi gerarquía? No, no se lo diré; él dispondrá lo que guste, y cúmplase la voluntad de Dios.

Pensando asi, y esforzándose á disimular el sobresalto que á su despecho alborotaba su corazon, llegó adonde su hermano, que ya habia concluido su disputa con el abad, examinaba dos galgos nuevos, hablando con un montero mientras se disponia todo para probarlos. Estaba tan ocupado de su diversion, que no

percibió la mudanza del rostro de Leonor, que en vano se animaba interiormente á sí misma y procuraba disfrazar su sobresalto bajo la máscara de la alegría.

— Veremos si esta tarde, le dijo Hernando volviéndose á ella con muestras de mucho contento, te llevas la palma en la caza de liebres, como esta mañana en la del halcon.

— Mejor seria, le respondió su hermana con timidez, dejar para otro dia la prueba... — ¡Cómo! repuso su hermano: ¿tú, la reina de la caza, y que aguardabas esta tarde alcanzar nuevos triunfos, quieres retardar ahora la prueba de los dos mejores galgos que han acosado una liebre?

— No... pero... replicó Leonor sin saber qué decir: ya ves... el cielo está muy nublado, y por la parte de Olmedo parece anunciar una tempestad.

— Puede ser, le contestó Hernando echando una ojeada hácia arriba; pero antes que la tormenta empiece habremos nosotros acabado nuestra faena, y al contrario mejor, porque asi el sol no nos mo-

lestará como esta mañana y el aire es mas fresco.

— Entonces haz lo que quieras, dijo Leonor viendo que eran inútiles sus escusas, pero te ruego que no te separes de mí durante la caza.

— ¿Tienes miedo? le preguntó su hermano riendo.

— No, replicó Leonor, pero ya ves, así estaremos mas cerca y podremos auxiliarnos en caso de algun peligro.

— Es cierto, repuso su hermano, podrás tú auxiliarme á mí como esta mañana, que sino es por tí me despeña el brioso en aquella sima.

En esto ya los cazadores estaban á caballo aguardando las órdenes de su señor, los perros alborotaban con sus ladridos, pudiendo apenas los monteros contener su alhorozo, y los caballos, hiriendo la tierra con sus ferradas manos, mostraban con sus relinchos y su inquietud el fuego que los animaba. Leonor y su hermano se despidieron de los buenos padres, y en particular del abad, que habiéndolo-



les echado su bendicion volvió al convento, mientras ellos, saltando á caballo, rompieron la marcha entre los gritos de la multitud, que aun se entretenian con los restos del banquete, y algunas botas de vino, puestos acá y allá en diferentes corrillos sobre la arena. En uno de ellos estaba sentado el piadoso Zacarías, que cuando vió pasar á los dos hermanos tuvo buen cuidado de encogerse y agazaparse, ocultándose detras del que tenia al lado, no gustando sin duda de darse á la luz á causa de su humildad. Luego que los hubo visto alejarse, dió en el hombro al bizco y al musulman, entre quienes se habia sentado; y poniéndose en pie tomó una bota, diciendo:

— Hijos mios, vaya el último trago: tú, fariseo, levántate, y tú, hijo bizco, vé, si puedes hacerlo tambien. No se por qué bebes vino sabiendo que te hace mal. ¿No sabes que la gula es un enorme pecado? Es verdad que no has bebido arriba de diez cuartillos, pero sino te sienta bien, ¿por qué quieres tentar á Dios? Y tú, mo-

risco, tampoco debias beber vino por tu religion; pero tú eres un moavita enemigo de Israel.

— Yo lo bebo á la salud de Mahoma, respondió el morisco, y asi no creo que lo lleve á mal.

— Vamos, vamos, ayuda á ese hombre, respondió Zacarías, y no perdamos tiempo, que ya viene la caza por este lado.

El morisco ayudó á su compañero á levantarse, que apenas podia abrir los ojos, y que puesto en pie se quedó con mucha gravedad mirándolos, y siguiendo con la parte superior de su cuerpo el movimiento pausado de una péndola de reloj.

— Cuida que no te vea el capitan, le aconsejó Zacarías, no sea que te haga dormir la borrachera de modo que no vuelvas á despertar; y vé por donde te escondes, y hasta la vuelta.

— Creo, le dijo el morisco, que con el vino se te han puesto los ojos derechos: á Dios hasta que te se pongan torcidos.

Zacarías y el moavita echaron á andar, dejando á su compañero apoyado en el tronco de un árbol hablando solo, y dando tales berridos de cuando en cuando que atraieron á su alrededor los que ya no teniendo mas que comer hallaron para postre en su borrachera un agradable entretenimiento.

Entre tanto las dos divisiones de los vandidos habian ido poco á poco estrechando la distancia, viendo el punto que los cazadores habian tomado, sin perderlos nunca de vista, con la esperanza de que Leonor en el calor de la caza echaria por algun sendero sola, ó acompañada á lo mas de su hermano y alguno de sus servidores. En toda la mañana se les habia ofrecido ocasion para poner su intento en ejecucion, y el Velludo, ya desesperado de no poder cumplir la palabra que habia dado al señor de Cuellar, bramaba de corage, sin haber querido probar bocado, dudoso ya si los embestiria con su gente, y la arrebataria por fuerza. Era este el plan mas acomodo-

dado al carácter del capitán, y el que á dejarse guiar por su corazón hubiera él llevado á efecto con mas placer. Pero la promesa que habia hecho al de Cuellar encerraba justamente la cláusula de no ejecutar nada á la fuerza, y esto le tenia ligadas las manos, porque él sabia muy bien que asi Hernando como su tropa no dejarían robar á Leonor sin vender antes sus vidas tan caras como pudiesen. Esto le traía pensativo, y mucho mas viendo que Zacarías, el mas ingenioso de los suyos, y en quien él en asunto de tramoya tenia toda su confianza, no habia ideado nada hasta entonces que le sacara de aquel apuro. Distraido asi estaba y apesadumbrado, cuando poniendo por casualidad los ojos en su mastin, que estaba tendido al pie de un árbol, pensó que la astucia de aquel animal podia serle de utilidad.

Era este perro uno de los personajes mas principales de la partida, leal á toda prueba y valiente como un leon. Le habia enseñado su amo á obedecer á

la voz, entendiendo con tanta prontitud y haciendo tales cosas, que parecian increíbles sino tuviésemos en el dia tantos ejemplos del instinto particular de estos animales. A una voz acometia y se retiraba, reunia los bandidos donde le mandaba su amo, era un centinela incansable, cazaba como un lebrel, buscaba los rezagados en las noches oscuras y los conducia adonde estaban sus compañeros, atraía los viajeros perdidos y se los entregaba á su amo para que los despojase, siendo su inseparable compañero en todas las expediciones. La vista del perro le sugirió un pensamiento que reanimó su esperanza ya decaida, y haciendo llamar á los seis hombres que tenia en acecho, les ordenó reunirse y marchó con ellos al encuentro de los cazadores, habiendo enviado orden á Zacarías para que estuviese mas vigilante que nunca, pues le iba á enviar la dama por aquella parte. El ladrido de los perros y el sonido de las bocinas indicaba el camino que seguia la liebre á la alegre tropa de Hernan-

\*

do, que muy agena del peligro de su señora, seguia á rienda suelta la vista. Leonor, sin embargo, temerosa aun del aviso de aquella misteriosa muger, no se entregaba á su diversion con el arrojito que habia manifestado por la mañana, siguiendo siempre el camino menos espeso de árboles y al mayor número de cazadores, sin atreverse á separarse nunca, yendo siempre detras de ellos en la carrera.

De repente Sagaz, á la voz de su amo, sale ladrando de entre los pinos, embiste á su caballo, y clavando los dientes en las ancas del animal le asusta y alborota de modo que poniéndose de manos coge el freno con los dientes, y sin poderlo sujetar la dama escapa dando botes arrebatado de todo brio, y sin cesar perseguido del inteligente mastin, que cada vez le acosa mas, mordiéndole cuantas veces puede alcanzarle. Iba Leonor como hemos dicho la última, y los cazadores, ocupados en perseguir la liebre, ni vieron su apuro ni oyeron sus gritos

por el momento. Su hermano, que nunca la abandonaba, fue el único que al ver su riesgo volvió su caballo con intento de favorecerla. Su primer impulso fue arrojar al perro la javalina ó lanza corta de que venia armado; pero ya fue se que el ímpetu de la carrera, ó la precipitacion con que la arrojó, no le dejasen tiempo bastante para apuntarle, la javalina, sin herir en su blanco, quedó temblando clavada en tierra hasta la mitad. La violencia del palafren de Leonor obligó al señor de Iscar á lanzarse en su seguimiento á toda la furia del suyo, y asi por esto, como por ser el bosque muy espeso, por pronto que á su voz acudieron algunos de los suyos no pudieron acertar el camino que habian tomado. El Velludo, viéndolos que volvian, mandó á su gente que dieran voces andando sin detenerse para atraerlos hácia otra parte, lo que haciéndoles creer que era aquel el camino que habian tomado sus amos, acabó de trastornarlos del todo, obligándolos á que siguiesen la direccion entera-

mente contraria. El sendero que primero se ofreció al desatentado caballo de la afligida Leonor era precisamente aquel donde se habian emboscado Usdrobal y Zacarías, y el Velludo no dejó de darse el parabien de haber salido adelante con su empresa cuando pensó que dentro de poco estaria la dama en poder de sus dos satélites. Entre tanto ya habia sentido Zacarías el ruido de los caballos que se acercaban, y echando mano al cuchillo avisó á Usdrobal que se preparase.

— Hijo mio, le dijo, ya llegan los enemigos; ten caridad, enfrena la ira; á sangre fria no hay que dejarse arrebatarse de la cólera: tú cuidarás de la dama; pero ten cuenta que la carne es frágil, y no caigas en tentacion. ¡Ahí estan, hijo mio!

A este tiempo, saliendo de donde estaban ocultos en el momento en que el caballo de la hermosa cazadora pasaba en toda la violencia de la carrera, Usdrobal se arrojó encima, y apoderándose de una rienda le hizo volver de



pronto, haciéndole parar de golpe con tanta furia que la dama perdió los estribos y estuvo á pique de caer al suelo. El caballero que la seguia metió entonces las espuelas hasta los talones á su caballo tratando de libertarla; pero Zacarías, que aunque rayaba ya en los cincuenta era listo como una pluma, se interpuso entre él y la dama con tal pres-teza dando el lado para estorbar que le atropellase, que le cortó al momento al animal los tendones del brazo con un cuchillo, haciéndole caer de golpe con su ginete.

— ¡Bravo, Usdrobal! ¡la espada parece que es la de Absalon! ¡Ha echado por tierra al soberbio! exclamó Zacarías enseñándole su cuchillo. Monta á caballo y toma en brazos á esa dama, que se ha trastornado del susto.

— Vamos, hijo mio; y dando dos silbidos, se presentaron al momento el morisco y los otros dos que estaban ocultos en aquel lado.

— ¡Perros! gritó el caballero que ha-

bia caído debajo de su palafren, y forcejaba por levantarse: soltad esa dama, sino voto á tal, juro, villanos... Pero no, venid, tomad mis tierras, mis castillos, mi vida; venid, yo os daré oro, todo os lo daré por ella, ¡ infames !

— Vamos de prisa, hijos míos, dijo á Usdrobal el moralista, porque yo soy compasivo y me enternecen los lamentos de ese infeliz. En mí puede mucho la caridad: ¡ vamos, vamos, que no vuelva yo á oír los gritos de ese pobre hombre, porque me rasgan el corazón !

— Por cierto, dijo Usdrobal conforme iban andando, que la presa que llevamos mas vale que el trabajo que nos ha costado ganarla.

— Usdrobal, hijo mio, no mires en la belleza de esa dama, contestó Zacarías á tiempo que la echó él una mirada á hurtadillas, y no de lástima. Las mugeres perdieron á Salomon. Señora, no lloreis, añadió dirigiéndose á ella, Dios prueba nuestra paciencia en las adversidades, y si teneis la conciencia limpia, no os de-

beis apesadumbrar por nada. Aquí no se os quiere mal, solo que nuestro capitán es tan caritativo, que siempre está dispuesto á socorrer á las doncellas menesterosas. No es mala alhaja esta, prosiguió, echando mano al collar de la dama; yo no soy inteligente, pero...

— En verdad, maestro Zacarías, exclamó Usdrobal, que como pongais la mano en cualquiera cosa de esta señora, que á pesar del respeto que mereceis nos hemos de ver las caras.

— Por poco te enojas, hijo mio, respondió Zacarías, y no sabes mucho de caridad cuando ignoras que la mejor ordenada empieza por uno mismo.

— Por ahora, repuso Usdrobal, no quiero atender á vuestras lecciones: me queda demasiado tiempo para aprender.

Y volviéndose á la dama, se esforzó á consolarla, escusándose como mejor pudo de su tropelía, y ofreciéndose por su defensor entre aquella gente. Hasta entonces habia ido esta sin notar casi lo que la pasaba, y en medio de su trastorno se

habia imaginado mas de una vez que todo aquello era un sueño; pero la voz de Usdrobal, dándola á conocer que su desgracia era cierta, la hizo al mismo tiempo tomar ánimo, y volviendo hácia él sus hermosos ojos llenos de lágrimas, mostró en ellos una espresion tan dulce de lástima y de dolor, que Usdrobal no pudo menos de jurarla que moriria primero que permitir la ofendiesen en su presencia.

-- Yo os doy gracias, mancebo, le respondió Leonor con un eco de voz que penetró á lo mas íntimo de su corazon; yo os doy gracias, pero mi desventura no es menos cierta por eso. Con todo, aun hay una cosa que la haria menor si vos me quisieseis informar de ella. ¿El caballero que me seguia, qué es de él? ¿Era suya la sangre que me parece que ví correr por su vestido al tiempo de su caida?

-- Tranquilizaos, señora, repuso Usdrobal, la sangre era de su caballo, y él vino al suelo sin mas daño que haber caido debajo del animal. Fue un golpe maes-

tro de mi caritativo director que aqui veis, incapaz de hacer mal á una hormiga sino forzado de la necesidad, como él dice, y sin dejarse arrebatarse de la cólera.

La dama pareció tranquilizarse, y aun animarse, con la noticia del caballero. Puso entonces los ojos con mas cuidado en su defensor, que no quitaba los suyos de ella, y su juventud, nobleza y alegre fisonomía la hubieran acabado enteramente de tranquilizar si los hundidos ojos de Zacarías, su rostro seco y sin barba, su talante hipócrita y su paso de gato que iba en acecho no la hubiesen dado á conocer el distraido devoto que la habia seguido aquel dia y tanto le repugnaba. Habia éste echado delante un rato para servir de guia, y como descuidado de lo que pasaba detras de él, iba, segun su costumbre, entregado á sus oraciones con un rosario en la mano y los ojos bajos, y detras venian el morisco y los otros hablando de su compañero el bizco, y riyéndose de su borrachera. Era voz comun entre los de su partida que cuando

Zacarías parecía mas distraído y devoto sin levantar los ojos del suelo, veía y oía mas que el que parecía mas atento. A pesar del poco tiempo que habia que andaba Usdrobal con él, su sola penetracion le habia enseñado á desconfiarse de todos sus gestos, palabras y movimientos, y asi aunque su deseo mayor era entablar con la dama una conversacion útil tal vez para en adelante, el recelo que le inspiraba su director le hizo contentarse con soltar al descuido tal cual pregunta de cuando en cuando.

-- Si yo supiese quién sois, dijo en voz muy baja á la dama, y conteniendo el paso de su caballo, avisaria á vuestros parientes y amigos para...

-- Usdrobal, hijo mio, ¿qué haces? aguija presto, dijo á esta sazon Zacarías sin volver la cara y sin perder un paso, no te dejes tentar del demonio de la concupiscencia, la carne es frágil.

-- Voto á tal, murmuró Usdrobal, que ese maldito hipócrita no parece sino que tiene echo pacto con el demonio.

¿Vuestro nombre? añadió en voz muy baja.

— Leonor de Iscar, respondió la dama.

— No creo, amado discípulo mio, interrumpió Zacarías continuando su camino, y en tono de voz muy dulce, sino que esa dama y tú os habeis conocido antes, ó que tú, siguiendo mis lecciones, vas oyendo sus pecados y la exhortas á la paciencia.

— Asi es como vos decis, repuso Usdrobal sin titubear; trato de salvarla de las garras de Satanás: que te lleve á tí y á tu casta, añadió mas bajo.

En esto llegaron á la orilla del rio á la entrada de la cueva, donde el capitán habia vuelto ya con su gente, y se alegró mucho de la llegada de Zacarías.

La compañía no era de las mas á propósito para una dama. Todos voceaban, todos hablaban á un tiempo, estaban comiendo entonces á la redonda, y ya habian apurado mas de una bota de vino, y solo se oían gritos por razones, amenazas y rústicos juramentos. Las diversas

lenguas que hablaban, sus caras quemadas del sol, su trage, sus armas, sus maneras salvages, y las recias carcajadas con que celebraban de tiempo en tiempo sus dichos, todo contribuía á hacer mas horrible la escena que se ofreció á los ojos de la delicada Leonor, que no pudo menos de estremecerse considerando su situacion, y las gentes con que se hallaba. El Velludo se adelantó á recibir la dama con mas muestras de cortesía que lo que prometia su apariencia, y habiéndola ayudado á pasearse, mandó á Usdrobal que echase pie á tierra diciendo:

— Tú, Usdrobal, cuidarás de esa dama; creo que de todos nosotros eres el que puedes tratarla con mas atencion.

— Asi es, continuó Zacarías; creo que no necesita de mis lecciones. Todo el camino ha venido predicándola un sermón acerca de la paciencia en los trabajos, y la caridad hácia nuestro prójimo, con tanta madurez y elocuencia como podria hacerlo yo mismo. Y la dama, á lo que me pareció, le escuchaba



con aire contrito y con tanta atencion que edificaba mirarla.

-- Hola... gritó el catalan, que habia salido de su cueva á recibir á sus compañeros. ¡Lladre de donas!

-- Señor, dijo la dama al Velludo, si sois aqui el gefe, por Dios que mientras esté bajo vuestro poder que no permitais se me ultraje. Sea cualquiera vuestro designio, yo os prometo un buen rescate si quereis devolverme mi libertad.

El aire de nobleza y resignacion con que pronunció estas palabras no dejaron de sorprender al Velludo, acostumbrado á ver temblar siempre delante de él, no ya mugeres débiles, sino hombres intrépidos y foragidos. No obstante, en vano trataba Leonor de encubrir bajo una apariencia firme la turbacion que agitaba su alma: una lágrima se desprendió á pesar suyo por sus mejillas, como una gota de rocío sobre la rosa de la mañana, y sentia su sangre helada mientras se esforzaba á mostrarse con tranquilidad.

— Yo, señora, respondió el Velludo, no entiendo de obsequiar damas; cumplo con mi oficio en teneros apresada, y os aviso que en vano tratará de libraros el que lo intente; pero os juro por la bendita Vírgen de Covadonga que el tiempo que esteis con nosotros sereis respetada de todos, ó dejaria de llamarme Roque el Velludo.

— ¿Y no puedo esperar mas de vos? preguntó la dama.

— Aunque me ofrecieseis el tesoro del rey de Marruecos no haria mas que lo que os he ofrecido.

Alzó Leonor los hombros en muestra de resignarse á su desventura al oír las palabras del capitan, y no pudiendo mas se sentó al pie de un árbol, y cubriéndose la cara con ambas manos derramó un mar de lágrimas agoviada de su pesadumbre.

— Buena cara tiene la muchacha, y ya me alegraria yo de hallarla en el paraíso cuando vaya allá de este mundo, dijo á este tiempo el morisco contemplán-

dola con brutal codicia, y acercándose á ella para mirarla.

— Cuando tú dejes el pellejo colgado de algun árbol en este mundo, repuso otro de la compañía, irás al infierno á acompañar á los diablos en sus quehaceres.

— Voto va Deu, gritó á esta sazón el teniente, que la moza es guapa, y tin una cara como una reina.

— Yo no sé por qué hemos de trabajar siempre para otros, dijo el morisco, y nadie es mejor que nosotros, que tan buenos los he visto yo servir de pasto á los grajos, y estar colgados por los caminos.

— No, pues como no tuviera otro que le defendiese mas que ese á quien se la han encargado, dijo el bizco, que á duras penas habia acertado con la cueva, saltándole aun el vino por los ojos, abierto de piernas y con una bota en la mano izquierda, juro á Dios que todos se habian de ir á cazar hembras al otro mundo si antes que ellos no cataba yo de la caza. Vamos, reina mia, no esté vuesa

merced tan triste; veamos esa carita de rosa, añadió alargando una de sus callosas manos al rostro de la desdichada Leonor: no esteis tan triste, que aqui los podeis elegir como peras.

Hasta entonces Usdrobal habia sufrido la mofa que le habia hecho sin decir palabra, y habia reprimido el deseo de despertarle de su embriaguez. Pero cuando vió la mano grosera del bandido tocar á la dama no pudo contener su cólera por mas tiempo, y alzando la mano le descargó la mas recia bofetada que pudo engendrar su cólera, y dió con él á sus pies. Hecho esto, y antes que los otros tuviesen lugar de dar crédito á lo que habian visto, saltó sobre él, y echando mano á la espada se puso en estado de defenderse y ofender al que le acometiera. Algunos de ellos tiraron al punto de sus puñales, y hubiera ciertamente perecido víctima de su honradez si el capitán en este momento, esgrimiendo su formidable hacha en alto, no se hubiese arrojado en medio de la pelea.

— Alto, canalla, gritó con voz de trueno, que en bebiendo una gota de vino no parece sino que todos los demonios del infierno estan dentro de vuestros cuerpos. Voto á tal, que el que no envaine su espada, le envaine yo el hacha hasta los dientes en el cerebro.

Callaron todos atemorizados, y pararon en su contienda, retirándose cada uno al puesto que ocupaba antes de la pelea.

— Bravo, Usdrobal, añadió el Velludo, defiendes la dama como el mejor paladin. Estas buenas gentes, prosiguió tratando de escusarse con la doncella, han bebido un trago mas, y hasta que yo no mate uno de ellos no sacaremos partido. Levántate tú, belitre, añadió dando con la punta del pie al ladron que habia derribado Usdrobal, y cuyo vino habia hallado alli su centro de gravedad, y juro por la Vírgen de Covadonga que el que vuelva á mentar esta dama le cierre yo la boca para mientras viva. Vamos, que ya va llegando la noche, y el cielo parece

\*

que anuncia una tempestad: entremos en nuestra cueva y descansemos hasta mañana.

Entraron todos en ella, y Usdrobal y el Velludo, ayudando á Leonor, la bajaron en brazos casi desmayada al sombrío recinto que servia de habitacion á los bandoleros. La noche entre tanto habia cerrado ya enteramente, adelantada por la tempestad, en medio de los estampidos de los truenos, que retumbaban en las concavidades de las montañas. Las tranquilas aguas del rio corrian ahora con alborotado rumor en medio del silencio de la oscuridad, y el ruido sordo de los árboles agitados y el graznido de las aves nocturnas, que volaban á buscar un asilo contra la tormenta, presagiaban un espantoso huracan. De repente sus bramidos zumbaron entre los pinos, semejantes al estruendo que produce á lo lejos el motin y las voces de una populosa ciudad. El crujido de los añosos árboles, tronchados por la violencia del huracan, resonó de tiempo en tiempo, y cielo y tier-

ra parecieron envueltos y confundidos en la furiosa discordia de los elementos. Una lámpara moribunda ardia en medio de la cueva, y derramaba su undulante reflejo acá y allá sobre las feroces caras de los bandidos. Algunas camas de yerba seca sobre que estaban sentados ó recostados era el único adorno de aquella triste mansion, y en una especie de hueco que parecia servirles de chimenea habia un asiento á un lado, donde habian sentado la dama. Estaba Usdrobal mas atento á cuidarla y á defenderla que si fuese la joya de su felicidad, y el capitan á cierta distancia, teniendo á sus pies su perro, reposaba tal vez con menos interes por ella, pero no con menos cuidado. Algunas lágrimas centelleaban en los párpados de la desventurada Leonor, y su belleza pálida, pero angelical, formaba un raro contraste con los semblantes cruelmente estúpidos de los ladrones. Hubiérase creído que era un angel celeste que habia bajado de la mansion de los justos á alegrar las regiones infernales con su pre-

sencia. De tiempo en tiempo algun relámpago penetraba velozmente al interior de la cueva, llenándola de lúgubre claridad, y realzando la triste hermosura de la prisionera redoblaba el horror que la rodeaba. Los bandidos, como hemos dicho, en sus camas, hablaban unos con otros, escepto el capitán y Usdrobal, mientras el bizco y el caritativo maestro, que apartado de todos habia cesado en sus meditaciones, dormían profundamente en un ángulo de la cueva.

— Buena noche hace para la maga que vive ahí cerca, dijo el morisco, que esta noche parece que se ha desencadenado el infierno.

— Ella será quizá la que habrá movido la tempestad, dijo otro, que ya la he visto yo en noches como esta volar de pino en pino sobre una nube de fuego dando unos alharidos, que os confieso que me estremecía de oírlos.

— Una noche me la encontré yo, dijo un tercero, y llevaba tantas luces detras y delante de ella, que parecia un en-



tierra. Por cierto que mientras pasó, que no iba media vara de mí, me acordé de los rezos del señor Zacarías, y me pesó de no haber aprendido algunos, por lo que no pudiendo hacer mas, me estuve santiguando hasta que la perdí de vista.

— Pues yo, dijo el segundo que habia hablado, propuse en mi corazón dejar esta vida y hacerme fraile; pero luego pensé que para que me llevase el diablo al fin de mis dias lo mismo era este oficio que otro cualquiera.

— A mí darme una figa con la maga, gritó el catalan, voto va Deu, que es una dona que no fa mal.

— Tú, como ya eres diablo, repuso el tercero, no tienes miedo de tus compañeros, que todos sois lobos de una camada.

— No habéis así, repuso el ladron anciano, y cuya cara llena de cruces indicaba que habia visto de cerca mas de una vez las espadas del enemigo, no habéis así con mofa á estas horas, ni repitais tanto el nombre del diablo. ¡Jesus me valga! añadió santiguándose, porque

os puede suceder lo que le sucedió á un caballero, de quien fue escudero mi padre muchos años, y que se burlaba de todo.

— Vaya, contadlo, señor Tinieblas, y así pasaremos el rato, dijo el morisco.

— Cuento, compañeros, cuento: hagamos corro, dijo el segundo bandido; y reuniéndose todos al rededor del viejo, le rogaron que les contase la historia de su caballero, y el veterano, viéndolos á todos atentos, empezó luego de esta manera.

— Érase que se era un señor en Castilla, que era dueño del castillo de Rocafria y de otros muchos castillos, lugares y tierras, y capitán de mas de trescientas lanzas. Tenia este hombre muy mala vida, y no creía en Dios ni en el diablo, y juraba que desearia verse á solas con Lucifer... ¡Jesus me valga! interrumpió con voz mas fuerte el historiador, y todos se estremecieron.

En este tiempo el mastin se habia levantado de donde estaba, y con mas muestras de miedo que de arrogancia, se acer-

có á la boca del subterráneo, y en dando dos ó tres ladridos volvió atrás todo trémulo, rabo entre piernas, y despidiendo ahullidos tan prolongados y lúgubres que podian cuando menos entristecer el ánimo mas esforzado.

--Silencio, Sagaz, le gritó su amo: ¿qué diablos tienes que estás temblando? El perro calló á la voz del Velludo, y se volvió á echar á sus pies todo azorado, como si viese delante de él sueños ó sombras de aparecidos, que era lo que se creía entonces cuando los animales sin motivo aparente se agitaban y entristecian.

--Me parece que oigo un ruido como de muchas cadenas, dijo uno de los ladrones.

— Es el viento, que grita con la voz de cien condenados, replicó el morisco.

— Pues como iba diciendo, continuó el veterano, tenia este caballero amores con una dama, y no la podia alcanzar, porque era muy honesta y hermosa, que me parece que la estoy viendo. Sucedió, pues, que yendo dias y viniendo dias, el

caballero se desesperó, salió al campo, y compró una cuerda para ahorcarse muy retorcida, é iba maldiciendo el dia en que nació, y la hora en que vió á la dama, y maldijo luego su alma, y llamó al demonio. ¡Jesus me valga! interrumpió de nuevo, persignándose como tenia de costumbre.

— Y como digo, continuó, que iba desesperado, se levantó de repente una tempestad tan negra que no se veía á sí mismo, y el viento era tan recio que tuvo que echarse al suelo mas de una vez para que no se lo llevase como una paja: un relámpago...

En este momento la luz del que penetró en la cueva fue tan viva, que deslumbrándolos y asustándolos interrumpió el cuento tercera vez. El trueno que le siguió pareció retumbar encima de ellos con tan continuado y espantoso estrépito que no creyeron menos sino que desgajado el cielo en mil rayos se habia desplomado, hecho piezas, hasta el centro de los abismos. Quedaron todos asordados y atur-

didos por largo rato, y hasta el capitán y Usdrobal agacharon la cabeza como amedrentados. La dama besó una reliquia que traía pendiente de un collar, toda sobrecojida y llena de devoción. Zacarías, que estaba como hemos dicho durmiendo, se levantó de repente despavorido, se hincó de rodillas, y empezó á pedir perdón de sus culpas como si hubiese llegado su última hora. El bizco en medio de su letargo empezó á gritar que callaran, que no podía dormir con el estrépito que traían, y que el suelo se había hundido por donde él estaba. Por último, pasado el primer susto, é informado Zacarías de lo que era, — Mala hora, dijo, es esta para cuentos, y mejor sería que cada uno como mejor supiese rezase y examinase su conciencia poniéndose bien con Dios.

— Así es, añadió el veterano; pero el suceso de este hombre puede servirnos de ejemplo, y no será malo concluirlo ya que he empezado á contarle.

En esto el viento había redoblado su furia, y azotaba con pavoroso bramido la

entrada de la caverna; los relámpagos se sucedían sin interrupción, y el trueno dilataba su voz estallando de tiempo en tiempo con estampidos más horrorosos. Sagaz corría á un lado y otro de la cueva lleno de espanto, desatentado, todo erizado y ahullando.

— Siento otra vez el ruido de las cadenas, exclamó el mismo que había hecho primero esta observación.

— ¡Santa María me valga! gritó el veterano sobresaltado: ¡la maga está entre nosotros!

— ¡La maga! gritaron todos á un tiempo, y huyeron á refugiarse al fondo de la caverna. Un espantoso fantasma vestido todo de negro, con una antorcha en la mano, se apareció en este instante. Sus ojos lanzaban llamas, su semblante era lívido, y sus brazos largos, secos y descarnados, semejaban á los de un desollado cadáver, mostrando todos sus músculos y ligaduras. Brillaba en medio de los relámpagos como un espectro rodeado de luz, y vestido del nebuloso ropaje de las tnieblas.

— ¡*De profundis exaudi me!* gritó Zacarías tapándose los ojos y volviendo la cara á un lado.

— ¡Bendita Vírgen del Tremedal! ¡*Miserere mei Domino!* exclamó Usdrobal, levantándose todo azorado.

— ¡Vírgen de Covadonga! gritó el capitán andando hácia atrás dos ó tres pasos, mientras su perro temblaba con la cola baja, fijos los ojos en la fantasma, y ahullando muy tristemente. Por Santiago, yo te conjuro.

La maga entre tanto tendió su mano izquierda á Leonor, que, pálida como la muerte y temblando, se dejó cojer su derecha sin tener ánimo para desasirse, y agitando la antorcha y haciéndola señas que la siguiera, la sacó medio arrastrando de la caverna sin que ninguno de los vandidos reuniera bastante espíritu para oponerse.



---



---

## CAPITULO IV.

---

Tal de mi afrenta y mi dolor cargado  
 en la seguridad nunca sosiego,  
 y en el sosiego siempre estoy turbado.

( *Herrera.* )

Fuéme la suerte en lo mejor avara;  
 sombras fueron de bien las que yo tuve,  
 oscuras sombras en la luz mas clara.

( *Del mismo.* )

Mal venido seais, le dice,  
 alevoso, á mi presencia,  
 hijo de padres traidores.

( *Anónimo.* )

**A** la izquierda y en medio del camino de Olmedo á Cuellar, sobre una altura, se ven, aun hoy dia, los arruinados torreones del antiguo castillo de Iscar. Sus primeros propietarios fueron los árabes, que manteniendo alli una guarnicion respetable, se servian de él como de un punto central de comunicacion entre dos pueblos de tanta importancia, como eran



Olmedo y Cuellar en aquella época. Tuviéronle despues en tenencia, ó como gobernadores por el rey, varios señores, hasta que arrojados los árabes de ambas Castillas, les quedó en feudo con todas sus dependencias á los ascendientes de doña Leonor. Todos ellos habian ocupado empleos muy principales, siendo tenidos en mucha estima por los reyes á quienes sirvieron, y que premiaron su mérito con honrosos cargos. Pero en el momento de nuestra historia, las últimas revoluciones habian oscurecido el brillo de su familia, debilitado su influencia y apocado su engrandecimiento, habiéndose declarado él gefe de ella por el partido de Alfonso el Sabio, cuando las revueltas que armó su hijo ambicioso de la corona. Sin entrar en las causas que pudieron hacer despreciable á los ojos de su pueblo un rey tan ilustrado y poderoso como don Alfonso, y tan respetado de los extranjeros, como para la inteligencia de algunos sucesos es preciso ofrecer el cuadro de la época á que se refieren, echarémos una

ligera ojeada sobre la situación en que se hallaba entonces España. Las conquistas de los dos reyes de Aragon y de Castilla don Jaime y Fernando el Santo habían reducido la potencia sarracena á los últimos rincones de la Península, siguiendo á estos reyes la victoria por todas partes, y estendiendo la fé y las armas cristianas con sus nuevos triunfos. Pero estas guerras, si bien aumentaron las fuerzas de los cristianos, enflaquecieron al mismo tiempo las de los reyes, no habiendo perdonado, particularmente el de Castilla, medio alguno para conseguir su loable empresa de librar toda España del yugo árabe, y habiendo consistido éstos en aumentar los fueros y preeminencias de la nobleza, para que con mayor empeño le socorriesen. El orgullo de aquellos hombres, criados en las armas y belicosos por naturaleza, creció de punto desde entonces de tal manera, que cada uno pensó igual su autoridad á la de su rey, y aun los hubo que se creyeron con derecho á vengar con las armas los agravios que de

El recibieran, é incitaron los pueblos á la rebelion. Asi que, cuando convenia á su interes ó engrandecimiento se aliaban unos con otros, dejando á parte sus diferencias particulares, y hacian temblar al monarca en su mismo trono, como sucedió últimamente á don Sancho, que á despecho de su genio é intrepidez tuvo que sosegar á buenas, y aun adular el orgullo del revoltoso don Juan Nuñez de Lara por miedo de su influencia. Con hombres tan poderosos y pueblos avezados á sus antiguos usos, y á seguir el movimiento de sus señores, tenia que lidiar Alfonso el Sabio al ceñirse la diadema de sus antepasados. Sus leyes, admiradas de las naciones estrañas, y seguidas hasta hoy mismo en la nuestra, hallaron entonces tantos obstáculos, quanto que todos temian que á su sombra el rey atropellase sus antiguos fueros y sus franquezas. El pueblo no consideró que de ellas emanasen acaso su emancipacion de los derechos del feudalismo, todos las miraron como enemigas, y el vulgo bárbaro y lleno de

supersticiones, ora ridiculizaba á su rey, ora llamaba inquietud á su sabiduría. Añadióse ademas que las continuas guerras de su padre, habiendo agotado los tesoros reales, Alfonso X se vió obligado á remediar de algun modo la escasez de metálico que se sentia. Aumentó el valor de la moneda que mandó labrar, siendo de menos peso que la que habia corrido hasta entonces, lo que poniendo impedimento en el cambio, fue una de las principales causas del descontento general que se manifestó en su reinado. Tacháronle de avaro, siendo asi que nunca ha habido rey mas espléndido, y le motejaron de injusto, cuando fue el primero en España que fijó el modo de administrar justicia. En todas estas murmuraciones, de que nuestro historiador Mariana hace cuenta, casi para acriminarle, tenia sin duda mas parte la envidia y el interes sórdido de algunos particulares que la verdad, pero esparciéndose por los pueblos disponian el ánimo de muchos en contra suya, y como de la murmuracion

al desprecio no hay mas que un paso , y de sentirlo á manifestarlo nada , bien pronto este rey , que podria citarse como modelo , se halló envuelto en discordias civiles , vió á su familia armarse contra él , y oyó victorear al principal rebelde , su propio hijo , con el título de rey , que le concedia antes de tiempo la adulacion. La muerte del primogénito don Fernando fue el motivo de esta última desgracia , que puso en término al sabio y desventurado monarca de acojerse al mayor enemigo de los cristianos , el rey de Marruecos , para que le ayudara contra don Sancho. Este príncipe , que estaba por otra parte dotado de grandes prendas , apenas habia muerto su hermano forzó , por decirlo asi , á su padre á que le reconociese por heredero , con perjuicio de los dos de la Cerda , hijos del príncipe primogénito. No es este tiempo de disputar si la corona le tocaba á él , ó pertenecia de derecho á los nietos de don Alfonso ; pero no podemos dejar de decir que don Sancho mostró demasiada codicia de po-

\*

seerla. Su bravura, su liberalidad, su cortesanía y buena maña influyeron de tal manera en los ánimos de los castellanos, que la mayor parte siguieron sus estandartes, y así los nobles como los eclesiásticos de mas nota abrazaron su partido, formando con él una especie de comunidad, como manifiesta el acta de lo resuelto en las cortes de Valladolid el año de 1282. Sus hazañas, y sobre todo la fortuna, que como decia Carlos V, gusta mas como muger de favorecer á los jóvenes que á los viejos, hizo de modo que el mayor número se declarase en contra de la razon, y que á pesar de los esfuerzos de don Alfonso, y de la excomunion lanzada contra el mal hijo por el pontífice, la victoria diese al fin el color de la justicia á las pretensiones de Sancho el Bravo. Murió en estas agonías don Alfonso, y sus nietos quedaron escluidos de la corona, habiéndoles obligado á vivir en Jativa por un convenio hecho con el rey de Aragon; y don Sancho, que hasta entonces por burla ó hipocresía se habia

contentado con el título de infante mientras vivió su padre, subió al trono después de haber hecho enterrar suntuosamente como rey, al que había arrebatado la corona mientras vivía.

Quedó España, como es de suponer al cabo de esta discordia, tan trastornada y revuelta, que al principio del gobierno de Sancho puede decirse reinaban en su lugar mas que sus órdenes los furiosos de la anarquía. Los odios mas inveterados renacieron en el trastorno de la revolucion, renováronse las pretensiones de la ambicion, y los robos, los desórdenes y todos los crímenes juntos hallaron ancho campo en que desplegarse, habiendo incendiado la antorcha de la discordia desde el palacio del soberano hasta el pacífico hogar del labrador. Bastaba que una familia se declarase por un partido para que la otra se decidiese por el contrario: asi que, la guerra seguia aun después de la muerte de don Alfonso, y cada castillo, cada pueblo era un campo de batalla, donde á sombra del interes público

combatian el rencor, la codicia y la ambición de algunos particulares. Las hordas de ladrones que infestaban los caminos descaradamente estaban protejidas de oculto por los señores que se valian de ellos para las acciones que un resto de vergüenza les impedia cometer á las claras, haciendo instrumentos de su amor ó de su venganza á la escoria de la sociedad.

Tal era la situación del país cuando don Jaime de Iscar se retiró á este castillo, no habiendo querido doblar la rodilla delante del nuevo rey, como habian hecho el mayor número de los partidarios de don Alfonso, y haciéndose tachar de sus enemigos como defensor oculto de los de la Cerda. De todos sus señoríos solo habia conservado este castillo, habiendo perdido el resto de sus posesiones en el tumulto de la guerra civil. Quedó, pues, arruinado y declarado rebelde por el partido del vencedor, y el viejo caballero, que habia seguido constantemente la suerte de Alfonso el Sabio, recibió por pre-



mio de su lealtad el sentimiento de verse al fin de sus años sin tener mas que dejar á su posteridad que el esplendor de su sangre, y el mucho mas brillante aun de una larga vida gastada en defensa de su patria y de la causa noble de la justicia. Dos hijos que tenia, y algunos veteranos llenos de heridas y cubiertos de canas en su servicio, fueron los únicos compañeros de su destierro. Su hijo mayor Hernando tenia entonces veinte y tres años, y habia hecho sus primeras armas en la última revolucion, y al lado de su anciano padre. Su juventud, su valor, y el porte y continente de su persona, hacian que el generoso don Jaime fundase en él las esperanzas de su casa y la gloria de su nombre para lo futuro; pero la ternura, el gozo de su corazon, la alegría de sus canas era una que tenia entonces diez y nueve años, y reunia á una hermosura poco comun todas las gracias de su sexo, toda la gallardía de la juventud y un carácter tan dulce y suave como lleno de entereza y de magestad. Era el angel con-

solador de los pesares de su anciano padre., Cuando este, poseido del descontento natural á su avanzada edad, y perdonable en un desgraciado, se entregaba á pensamientos tristes, la vista de Leonor bastaba á disipar enteramente sus penas, y una caricia de su hija era para su corazon el rocío de la tranquilidad que renovaba el brio de su alma, marchita por los años y las desgracias. Pero como al fin la mano de la muerte...

Nos corta á todos de vestir un paño,  
sin hacer diferencia en la medida,

como dice uno de nuestros poetas, y sin que basten á ablandar su encono las lágrimas de la horfandad ni de la hermosura, las enfermedades del anciano se aumentaron por último con sus disgustos, y el dia que recibió la nueva de que le declaraban rebelde, murió de pesadumbre y en brazos de sus hijos á poco tiempo de su destierro. Quedó Leonor huérfana, y bajo la guarda y tutela de su hermano Hernando, que aunque duro de carácter la amaba con todo su corazon. Fortifica-

do éste en su castillo, bien provisto de víveres, y defendido por los leales guerreros que habian seguido á su padre, no tenia que temer ningun asalto de aquellos á que estaban espuestos en tiempos tan revueltos los que eran declarados rebeldes por el partido de Sancho el Bravo. Pero un enemigo mas temible que todas las partidas de bandoleros y todas las órdenes de la corte amenazaba turbar la paz del corazon de Hernando, el reposo de sus gentes y la seguridad de su hermana. Un amigo íntimo, mirado ya como enemigo por la diferencia de los partidos y el rencor inherente á las revoluciones, acabó de convertirse en enemigo mortal de su tranquilidad.

El señor de Cuellar, Sancho Saldaña, de quien ya mas de una vez han hablado algunos personajes de nuestra historia, poseía en aquella época el soberbio castillo que hay en este pueblo, y se llamaba entonces el de la Rosa. Era el señor mas poderoso de todos aquellos contornos, estendiéndose su poder sobre

la mayor parte de las poblaciones que ahora forman el partido de este corregimiento hasta el Duero, cerca de Valladolid por un lado, y por otro hasta Segovia y muchas leguas á la redonda. Su padre, que habia sido compañero y amigo íntimo de don Jaime hasta la rebelion de don Sancho (en que como se ha dicho tomó cada uno su partido), habia ganado muchas de estas tierras de los partidarios de don Alfonso, entrando en ellas á fuerza de armas, vinculándolas en su provecho, y estendiendo de este modo su poderío. Asi por esto, como por haber sido antes amigos y no haber seguido contra su opinion las armas de don Alfonso, cobróle tal aborrecimiento el viejo don Jaime, que el nombre de Saldaña era para él mas villano que el del mas ínfimo bandolero, y llevado de su tenacidad se negó á oir cuantas proposiciones de paz le hizo en todas ocasiones su compañero. Añadíase á esto lo que del hijo, dueño absoluto ya de tan cuantiosos bienes, publicaba

la fama en aquellos pueblos. Teníanle unos por asesino y cruel, otros por cobarde; tal le creía temerario, aquel le juzgaba bueno, y mientras no faltaria alguno que le tenia por generoso; otro le tachaba de miserable, y la mayor parte creían al ver su rostro, siempre tético y melancólico, y su amor á la soledad, que era algun demonio revestido de figura humana por algun tiempo, que sentia ver acercarse la hora en que habia de desaparecer para siempre y volver á los fuegos de que habia salido. Ayudaba á creer esto que su padre habia sido enterrado secretamente, y que era voz pública se aparecia de noche en las bóvedas del castillo, y sobre todo la repentina desaparicion de una hermana suya, que aunque de mucha belleza y sin el ceño y cruel aspecto de Sancho Saldaña, tambien la habian visto siempre triste, melancólica y pálida, como una estrella próxima á oscurecerse. Añadíase ademas que nadie de afuera sabia la verdad de lo que pasaba dentro de la for-

taleza, tal era el silencio que reinaba en sus habitantes, y que todos hablaban únicamente por conjeturas, lo cual hacia que se exagerasen los hechos é inventasen algunos, adornándolos con tan increíbles sucesos y tan ponderados, que el pasajero se llenaba al oírlos de espanto y curiosidad.

El padre de Sancho Saldaña habia cautivado una mora muy jóven en una de sus correrías, que habia quedado desde entonces en el castillo, y este era otro tema que daba no menos materia que los anteriores á infinitos cuentos y hablillas. Imaginaban algunos que esta cautiva era una artificiosa bruja, que por sus encantos y sortilegios habia hechizado al hijo del difunto señor de Cuellar, mientras otros aseguraban que era el genio maléfico y enemigo de la familia, disfrazado en aquel trage, que conspiraba continuamente en su destruccion. En fin, todo era misterioso en el castillo, y todo era misterio cuanto acerca de él se hablaba en sus cercanías. Hoy mismo al mostrar sus almenadas torres al caminante, y sus mu-

ros cubiertos de musgo donde asoma ahora el pintado lagarto su fea cabeza, ó corre la rápida lagartija entre derribadas piedras, vestido el suelo de yerba y vil cascajo, el paisano, cuando refiere las tradiciones de este castillo, habla todavía con misterio de aquella época sembrando su relacion de fábulas y milagros.

Habian pasado Sancho Saldaña y su hermana la primer parte de su juventud al lado de Leonor y Hernando, dividiendo con ellos sus juegos con todo el candor y aquella cordialidad con que son amigos los jóvenes. Tenia poco mas ó menos la edad de Hernando, y sus padres, acostumbrados á mirar los hijos de cada uno como propios suyos, miraban con gusto el cariño que Sancho tenia á Leonor, prometiéndose uno y otro a sí mismos de unirlos en cuanto llegasen á la edad precisa, si seguian como hasta entonces mirándose con afecto. Cumplió Leonor catorce años, y Sancho tenia diez y ocho, cuando cesando los juegos y la confianza de niños, entró á galantearla ya

como caballero, mostrándose suntuoso en festejos, y haciendo en su honra sus primeros hechos de armas.

Era entonces Saldaña el jóven mas bizarro y galan de la corte, el de mas donaire en las danzas, mas arrojado y venturoso en las armas, como Leonor era entre las damas la gala y la flor de la hermosura y la gentileza. No podia menos Leonor de ver con gusto su nombre en mil cifras, célebre ya en los torneos, de oir con placer mil músicas y trovas en su alabanza, y saber que era envidiada de las hermosas; pero ya fuese por falta de sensibilidad, ya, lo que es mas probable, á causa de sus pocos años, se contentó de mirar con agrado los obsequios de Sancho Saldaña, sin sentir por él otro afecto que el de la amistad, y el que concede el amor propio de una dama lisonjeada.

Con todo nadie habia que no creyese tan efectuada esta union como si hubiesen recibido ya la bendicion de la iglesia, y sin duda habria sido asi si la re-



belion de don Sancho contra su padre no hubiese separado las dos familias, llevándolas, como hemos dicho, á diferentes partidos, deshaciendo sus planes para lo futuro, y dejando burladas sus esperanzas y las de los que dando todo por hecho habian ya asegurado mas de una vez que habian visto los contratos matrimoniales. Todo cambió desde entonces, y habiéndose retirado padre é hijo á su castillo de Cuellar, este último conoció allí á Zoraida (que era el nombre de la cautiva), y quedó por ella perdido de enamorado. Olvidó, pues, á Leonor, olvidó todo, y en menoscabo suyo se entregó á su nueva pasion con tan desenfrenada locura que no hubo crímenes que no cometiesen sus arrebatos, de cualquier género que puedan imaginarse, ciego con los hechizos de aquella muger, que no parecia complacida sino teniéndole siempre al borde del precipicio. Rodeado de crímenes, entregado á un solo pensamiento en el mundo, lleno de hastío, ansioso de algo que nunca podia en-

contrar, desasosegado en el sosiego, agitado de tristes imaginaciones, y finalmente, cargado de penosos remordimientos que sin cesar le seguian y atormentaban en todas partes, llegó, en fin, á hartarse de la ponzoña que en copa de oro le presentaba la máscara del deleite, y á odiar al fatal objeto de sus amores con tanto mas aborrecimiento y mas furia cuanto le habia amado con mas delirio. Volvió en sí, y no pudiendo encontrar nada que bastase á satisfacer sus deseos, á consolar su tristeza, á hacerle olvidar sus remordimientos, se halló en la flor de su edad con un alma árida como la arena, y velado ya su rostro con la sombra de los sepulcros.

En vano buscaba en las diversiones que su opulencia podia ofrecerle el alivio á sus penas que deseaba. La música servia solo para entristecerle, los cantares mas alegres, las trovas mas dulces le fastidiaban, la alegría de los bailes le inspiraba el despecho, y el lujo de los torneos, las voces, el rumor del gentío y

los ojos de las hermosas eran para él vastos desiertos donde se perdía sin hablar con nadie, solo siempre con sus pensamientos en medio de la multitud. Se hubiera creído al verle distraído, melancólico y solo en medio de los placeres, que era la sombra de un hombre que vagaba acá y allá sin destino, ó una estatua sepulcral arrancada de la tumba que adornaba, é impelida de algun resorte oculto que la movía. La pasión que había tenido á Zoraida había agotado en su corazón las fuentes del sentimiento, y solo le había quedado fuerza para sufrir, y memoria para hacer eterno el gusano que le roía.

Fastidiado de los placeres se entregó á toda clase de vicios, para sepultar en el delirio del juego ó en la embriaguez el tormento que le ostigaba. Pero ni la ganancia le alegraba, ni la pérdida le entristecía, mientras el vino, lejos de borrar de su fantasía las imágenes de su tristeza, poniéndole en el estado de inercia absoluta á que reduce este vicio general-

mente, ó comunicándole el júbilo con que trastorna y alienta el ánimo mas caído, le entregaba mas profundamente á todo el horror de sus pensamientos.

Entonces fue cuando siguiendo el impulso natural al hombre de buscar su felicidad, recordó á su olvidada Leonor, propuso reformar su vida, alhagó un momento sus penas con las dulces memorias de su juventud, y el recuerdo de los dias en que lleno de gozo sintió el inocente fuego del amor puro á vista de su hermosura. Nada prueba tanto el poder de la virtud como el homenaje que la tributa el vicio, y el hombre mas criminal es el que admira mas la inocencia, y el mas corrompido suele ver con enfado las costumbres estragadas de los demas, y gusta tanto del candor, que á veces ya que no puede hallarlo en las personas que le rodean, exige al menos las apariencias. Sancho Saldaña estaba ya harto de libertinage, y creyó que Leonor solo, el encanto de sus primeros amores, podria volverle la paz que habia perdido, y sin-

tió renovarse en su pecho, ya que no su primer amor, al menos un sentimiento mas dulce que los que le habian agitado hasta entonces. Su alma se abrió al soplo de la esperanza por un momento, y la idea de un enlace dichoso que pusiera fin á su inquietud en brazos de Leonor, y en medio de caricias desconocidas todavia para él, era tan alhagüeña, que á veces llegaba hasta ahogar en algun modo los gritos de su agitada conciencia.

Resolvió, pues, pedírsela por muger á su padre, que aun vivia, y volviendo á vestir las ya casi olvidadas galas, ordenó á sus pages y escuderos que se adornasen y engalanasen, disponiendo al mismo tiempo los mejores caballos de sus cuabras soberbiamente enjaezados. Un rayo de luz brilló en su encapotada frente por un momento, bien asi como un rayo de sol entre las nubes de la tormenta, y la guarnicion del castillo vió con asombro la mudanza que habia habido en su gefe, y aquel dia fue el primero, puede decirse, que alumbró el sol el castillo.

\*

Solo la despreciada mora veía con despecho y zelos aquellos preparativos. Sus hermosos ojos negros, en que brillaba el fuego de una osadía mas que varonil, giraban vertiginosos acá y allá, y la fiereza de su altiva y pronunciada fisonomía parecia realzada con su inquietud. Sus miembros temblaban de cólera, y la sangre africana, irritada con los desprecios de su amante, hacia latir con tanta fuerza su corazon, que parecia querer saltarse del pecho. Habia sido cautiva Zoraida cuando apenas rayaba en los quince años, y era lo que podia llamarse un modelo de hermosura árabe. De airoso continente, alta y briosa de cuerpo, su marcha era la del cisne cuando gira sereno en las aguas, y su mirada la del águila que desafía el sol frente á frente. Sus pasiones impetuosas y vehementes daban á todos sus deseos un carácter tal de fuerza, que su voluntad habia de cumplirse, ó debia ella perecer en su empeño. Estaba acostumbrada á arrostrar los caprichos de la fortuna, y aun

á veces á vencerla y á sujetarla, y esta lucha continua en que habia pasado toda su vida la habia dotado de un valor á toda prueba en los riesgos y de un arrojo en sus empresas, que rayaba en temeridad. Pocas veces habia llorado en su vida, y siempre que habia derramado lágrimas habia sido implorando venganzas ó meditándolas. Amaba, no amaba: es poco; deliraba, idolatraba, miraba á Sancho Saldaña como á su Dios, como á su todo, y á consecuencia de tanto amarle, su mismo frenesí, su mismo amor rayaba en aborrecimiento, de suerte que le odiaba y le idolatraba á un tiempo, y á un tiempo le arriesgaba y le protegía, le despreciaba y le defendía, buscándole y huyendo de él, insultándole y acariciándole, y sintiendo afectos tan diferentes con la misma violencia que la pasión frenética que los movía.

Tal era la muger que habia trastornado el genio, el rostro y el corazón de Saldaña; pero que si le habia precipitado en un abismo de males, no habia ti-

tubeado en arrojarse tambien con él, y que si le habia llenado de remordimientos, su corazon ardia en la pasion mas arrebatada, y sin esperanza, que puede sentir muger. Si tal era su amor y la arrastraba á tantos desaciertos, viéndose pacíficamente correspondida, ¡cuál sería su furia cuando hallase una rival que combatir, una enemiga tan temible como Leonor! Supo para qué eran los preparativos de su amante, penetró la causa de su alegría, y sin darle una sola queja, reprimió su ira, calló, y sin deramar una lágrima ni siquiera exhalar un suspiro, se retiró á meditar su venganza, determinada á morir ó á llevarla á cabo, imaginándola cruel, terrible y digna del ultraje que se le hacia. El resultado probó hasta dónde llevaba sus planes el rencor con que los trazaba.

Sancho Saldaña entre tanto, habiendo dispuesto su comitiva, se encaminó al castillo de Iscar, resuelto á sacrificar su orgullo y á sufrir cualquiera mala razon de don Jaime con tal de lograr el blan-



co de sus deseos. Llegado que hubo al puente levadizo hizo sonar su trompeta y que se anunciase un heraldo, á cuya señal, habiendo respondido desde el casti- llo, el heraldo anunció que su amo el ilustre conde de Saldaña deseaba hablar en particular con el muy noble señor de Iscar, y que aguardaba allí su respues- ta. Estaba en este momento don Jaime hablando con Leonor de lo que contaban del señor de Cuellar, y cuando oyó su nombre no pudo contener su cólera.

— ¿ A qué viene aquí ese malsin, ese traidor á su rey? ¿ Viene á insultarme? Se engaña, porque me quedan aun fuer- zas bastantes para obligarle á que me res- pete. ¡Hernando! gritó á su hijo, pon los arqueros en las almenas, y dile que yo no respondo á traidores sino con las armas.

— Pero señor, contestó Hernando, su trage y su séquito son de paz, y no sería honroso responder con armas al que se nos entrega sin ellas.

— Es verdad, y has apuntado muy bien, repuso el viejo, cuanto mas que el

heraldo debe ser respetado segun la ley de la guerra: me acuerdo todavia que en Sevilla, cuando estaba alli la flor de la caballería de España con el santo rey, padre de nuestro monarca, degollamos una partida de moros que habia ahorcado de un árbol un heraldo nuestro que llevaba á la ciudad un mensaje, obrando segun la ley de la guerra.

-- Señor, ¿qué mandais que se le responda? interrumpió respetuosamente su hijo.

-- El padre de ese muchacho estaba alli entonces, continuó el buen viejo como distraido, y por cierto que era una de las buenas lanzas que habia... ¡Ah!... sí, se me olvidaba, repuso volviendo en sí; nada, que se vayan, que aqui no tienen que hacer; que se vayan, y cuanto antes.

La respuesta era tan definitiva que nada quedaba que replicar; pero Leonor, considerando los peligros á que se esponia su padre haciendo este desaire á Saldaña, determinó sacar de él una

respuesta mas dulce , y que no le espuesiese para lo futuro á los riesgos que cualquiera indiscrecion podia atraer sobre ellos en circunstancias tan espinosas, y asi añadió con voz tímida :

--Padre mio , ¿y si viene á proponeros una reconciliacion ?

--Entre nosotros no cabe ninguna, hija mia.

Y deteniéndose un momento como pensativo , exclamó :

--Sí , que entre , que entre ; quiero seguir el parecer de nuestro sabio rey don Alfonso , que decia que antes de sentenciar es menester oir las partes.

Mucho debió de agradecer Saldaña que este dicho de Alfonso X se presentase á la memoria del caballero , pues de lo contrario hubiera tenido que volver pies atras ; pero las sentencias del sabio Alfonso eran para don Jaime tan sagradas como los preceptos de la religion , no conociendo otro rey ni otra autoridad que la suya , y aunque Sancho el Bravo era el verdadero rey de Castilla entonces , él

siempre daba este título á su padre, sin que hubiera fuerzas humanas que le hicieran dar al hijo otro nombre que el del *rebelde*.

En esto Sancho Saldaña, habiendo recibido el permiso de entrada, llegó al salon donde estaba sentado don Jaime aguardándole, y de que habia salido Leonor por respeto á su padre y decoro de su persona. Conservaba aun Sancho algunos restos de su belleza, marchita ya por el rigor de sus pasiones y el estrago que habian hecho en él los vicios á que últimamente se habia entregado; pero en medio de la palidez y severidad de su rostro y la espresion melancólica de su fisonomía, creyó descubrir el anciano en su porte vigoroso y caballerosa apostura alguna semejanza con la marcialidad y belleza del padre en los tiempos de su juventud. El primero que habló fue don Jaime, y dijo:

— Mucho me estraña vuestra visita, señor conde, que puesto que vuestro padre y yo fuimos amigos y compañeros

en mejores tiempos que los presentes, ya hace años que acabó nuestra amistad y rompimos lanza con punta de tal modo, que se hizo imposible entre nosotros toda reconciliación.

— No vengo ahora, respondió el conde con aire noble, aunque sumiso y arrepentido, á discutir con vos los motivos de vuestros resentimientos con mi padre. Baste deciros que mi poca edad me perdonó el disgusto de mediar en ellos, y que las causas que os resintieron con él no creo que existan para conmigo.

— Tendriais razon, jóven, repuso el señor de Iscar, si vos, dejando á un lado las opiniones de vuestro padre, hubiérais depuesto al menos las armas y no hubiérais seguido tambien el partido del hijo rebelde, que no podrá hallar paz nunca en su corazon por haber levantado bandera contra su mismo padre.

Estremecióse Sancho Saldaña al oír estas palabras que pronunció el señor de Iscar con sentimiento, frunció las cejas, y el temblor convulsivo de sus labios anun-

ció que algun remordimiento le fatigaba; pero el anciano, sin echarlo de ver, continuó diciendo:—Digo, pues, que tendríais en ese caso razon; pero vos desoisteis la voz de vuestra conciencia, seguisteis el ejemplo de vuestro padre, y aunque puede ser mas perdonable en vos que en él, á causa de vuestra edad, yo he jurado odio implacable á los enemigos de mi rey, y si acaso puedo compadecer á alguno por el merecido castigo que les aguarda del vengador de los justos, no podré nunca en mi vida reconciliarme con ellos. Ahora decid lo que tengais que comunicarme.

Dicho esto se puso á mirarlo con atencion como aguardando su respuesta; pero Sancho Saldaña no se hallaba en estado de responderle. Por una parte veía frustradas sus esperanzas, y se juzgaba condenado á ser eternamente infeliz, mientras por otra algunas palabras de las que habia dicho el anciano tenian tanta relacion con alguna de las causas de sus remordimientos, que sintió ahogársele la palabra y un estremecimiento convulsivo se

apoderó de todos sus miembros. El anciano esperó un rato la respuesta, y habiendo notado sus movimientos los atribuyó á su orgullo ultrajado por haberle supuesto un momento capaz de humillarse hasta el punto de venir á implorar de él una reconciliacion.

— Veo en vos, dijo, el carácter de vuestro padre, y sé que los Saldañas han sido siempre demasiado altivos para mendigar la amistad de cualquiera que sea; pero como podiais tener algun intento que proponerme sobre el que requirieseis mi asentimiento, he empezado por haceros ver que conmigo es imposible toda reconciliacion.

— ¿Y si dependiese de ella, exclamó tristemente Saldaña, la esperanza, la felicidad de un jóven que, aunque criminal, nada os ha hecho para merecer vuestro odio, si dependiera de vos que un alma se ganara todavia para el cielo en vez de que entregándola á la desesperacion quede abandonada á todas las asechanzas de Satanás, entonces, señor,

entonces, qué diriais? ¿qué determinariais?

-- Hablad, repuso al momento don Jaime: el sabio rey don Alfonso decia que todos tienen derecho á exigir siempre que se les oiga.

-- Señor, continuó el conde lleno de agitacion, de este momento depende mi vida ó mi muerte; vos solo podeis pronunciar mi sentencia, vos solo podeis salvarme, de una sola palabra vuestra depende mi felicidad. No me considereis como el hijo de Rodrigo Saldaña, miradme como un extraño; suponed en mí un pasajero que en la oscuridad de la noche no puede encontrar un asilo donde refugiarse de la lluvia y os pide hospitalidad: mirad en mí un pecador arrepentido, un hombre que va á arrojarse á un abismo, y cuya muerte podeis evitar con solo tenderle una mano que le separe. Miradme asi, y no me negareis el tesoro único que deseo en el mundo, el dia, la vida, el cielo de mi corazon.

-- Hablad, pues, exclamó conmovi-



do el anciano, y yo os prometo que como mi honor y el de mis hijos no peligré ni se mezcle en lo que me pidais, que olvidando todo resentimiento os concederé lo que me suplicais tan de veras.

Sancho Saldaña bajó un momento los ojos al suelo como indeciso, miró á don Jaime, volvió á bajarlos, y como un hombre que arroja de sí un peso superior á sus fuerzas, dió un suspiro, y dijo en voz apenas inteligible:

-- Yo amo á Leonor.

-- Sé que la habeis amado; continuad, repuso gravemente don Jaime.

-- La he amado, sí, pero nunca tanto como ahora, que veo en ella la fortaleza de mi descanso, repuso el conde, la he amado; pero ahora veo en ella sola el reposo y la paz de toda mi vida. Yo vivo ya ha mucho tiempo fatigado, y harto de cuanto bueno y malo me rodea; el mundo es mas viejo para mí, á pesar de mis pocos años, que lo es para vos al cabo de vuestra edad: todo está usado en él; nada hallo nuevo en la naturaleza; la

luz del sol, la noche, la primavera, lo mas bello, lo mas tremendo con que puede recrear el cielo, ó amenazar en su cólera, nada me inspira un sentimiento nuevo; solo Leonor es el único objeto que puede inspirármelo, solo ella puede volver á mi alma la sensibilidad que ha perdido. Su mano...

— Joven, ¿sabeis lo que me pedís? repuso don Jaime levantándose con dignidad: nunca mi sangre se mezclará con la vuestra, asi como la lealtad no se ha mezclado nunca con la traicion.

-- Ved, señor, exclamó el conde, que va mi dicha en vuestras palabras.

— Silencio, replicó el caballero; os he oido con paciencia, y es cuanto podiais exigir de mí; os compadezco, pero no penseis mas en Leonor.

-- ¿Y me abandonareis asi á mi suerte? dijo el conde en actitud decente, pero suplicente; ¿desechareis mis súplicas, y me dejareis en el camino de la perdicion?

-- Basta, basta, replicó el anciano, y

en verdad que es humillante para un hombre de vuestro linage abatirse tanto delante de su enemigo.

— ¿Quereis serlo? respondió Saldaña recobrando su natural fiereza, impelido de su altivez; pues bien: sobre vos caigan los nuevos crímenes que me haga cometer la dureza de vuestro corazón; sobre vos caigan las maldiciones de un jóven perdido en lo mejor de sus años, y condenado ya en vida á todos los tormentos del infierno. Sobre vos...

— Basta he dicho, replicó irritado don Jaime: salid de mi castillo, y dad gracias al modo y la intencion con que habeis venido que no os mando arrojar por una ventana.

— ¿Á mí? repuso todo encolerizado don Sancho: ¿á mí? pero conteniendo su ira, continuó: viejo cruel, no me precipiteis: un crimen es para mí poca cosa; dame tu hija, yo te pediré perdon, yo seré feliz, y te lo deberé á tí solo, sino... Poseerla no me costará mas que cometer un delito.

-- ¡Hernando! gritó el anciano á su hijo, que se presentó al momento á su voz, echa del castillo á ese traidor, hijo de un traidor, que viene á insultar mis canas.

-- ¡Conde don Sancho!... dijo entonces Hernando. — ¡Hernando! ¡amigo! exclamó Saldaña. — ¡Conde don Sancho! repito, obedeced á mi padre.

-- Está bien, repuso el conde, salgo de vuestro castillo; no mancharé mi espada en la sangre del amigo de mi juventud, porque ya tengo bastantes manchas de sangre inocente en mis vestidos; pero juro que ha de ser mia Leonor, ha de ser mia, ¡vive Dios! de fuerza ó de voluntad.

Dicho esto dejó el castillo, y metiendo espuelas á su caballo corrió á rienda suelta hasta Cuellar, sin ver el camino que llevaba, ni reparar si le seguia ó no su gente. Desde entonces mil imaginaciones, mil venganzas le agitaron, y la cólera y el orgullo luchaban en su corazón; pero ya sea el miedo de irritar á

Leonor, particularmente si atropellaba el castillo de su hermano asaltándolo para robarla, ya que creyese, vista la guarnición de la fortaleza, que era empresa de mucho tiempo y dificultad, lo cierto es que en mucho tiempo pareció haber olvidado su juramento, y no hizo ó no pareció hecer intencion de cumplirlo. Con todo, dia y noche pensaba en su felicidad, y por consiguiente en Leonor, y resuelto por último á poseerla de cualquier modo, imaginó robarla como único medio que le quedaba.

El Velludo, á quien daban este mote por el mucho vello de que estaba cubierto, era el ladron mas famoso en Castilla y el terror de aquellos contornos. Habia sido soldado en su mocedad y militado en diversas partes, habiendo alcanzado en todas ellas fama de esforzado, y debiendo esta gloria tanto á su buena suerte como á su intrepidez natural. Era entonces de edad de cuarenta años, y no habia perdido nada de la robustez y fuerza de su juventud. Fiero y colérico en

\*

demasía, no dejaba de ser á veces cruel si le arrebatava la ira, pero su índole era generosa naturalmente, y mas bien hacia mal por oficio que por inclinacion. Durante las refriegas de Castilla, y en medio de la confusion que dominaba en el reino, habia tomado las armas y formado su tropa de bandoleros, saqueando acá y allá, tan pronto á un partido como á otro, prestando sus servicios á todos cuando la utilidad de éstos se convenia con su interes propio, y distinguiéndose siempre en sus hechos tanto por su astucia como por la osadía de sus planes.

Á éste, pues, comunicó los suyos Sancho Saldaña, imaginando diestramente el modo de robar á Leonor sin que él pareciese culpable.

Ya hemos dicho que habia dejado pasar el conde mucho tiempo desde la entrevista con don Jaime hasta el momento de cumplir su empresa, y en mas de un año despues de la muerte del caballero no tuvo medio ó no se resolvió á efectuarla.

Presentósele la mejor ocasion que podia esperar ; sabia que la caza era una de las diversiones favoritas de los dos hermanos , y habiendo introducido un halconero de su confianza en el servicio del señor de Iscar , tuvo aviso del primer dia en que pasado el tiempo del duelo volverian los hermanos á su acostumbrado divertimento.

Llamó al punto al Vellado, y ofreciéndole una recompensa considerable , trataron juntos del modo de robar á la dama sin que él se comprometiese , y al contrario ganase su voluntad. Para esto se valieron del modo ya referido en el capítulo anterior , teniendo Saldaña el intento de al siguiente dia presentarse delante de los bandidos que habian de huir á su vista , y abandonarle á Leonor para que él , como libertador suyo , mereciese de este modo su afecto con menos dificultad. Pero el cielo , que vela sobre la inocencia y convierte en humo las asechanzas y los pensamientos del impío , hizo que en medio de la agonía de Leonor

se presentase á deshora un ser en apariencia sobrenatural, que aterrando con su vista aquellos hombres supersticiosos y crédulos, la libertó por entonces de sus enemigos, y desbarató los planes del tético y desesperado Saldaña.





---

## CAPITULO V.

---

El bosque era muy espeso,  
todos perdido se hane ,  
.....  
andando á un cabo y á otro  
mucho alejado se hae :  
tantas vueltas iba dando  
que no sabe dónde estae.

La noche era muy oscura,  
comenzó recio á tronare.

.....

( *Rom. del marques de Mántua y Valdovinos.* )

**A** este tiempo toda la tropa de Iscar estaba vagando por los pinares. Los cazadores , despues de haber registrado el bosque por todas partes en busca de sus señores , habian hallado al fin de mucho tiempo caido aun debajo de su caballo, que le habia cogido una pierna , al único testigo de la pérdida de Leonor. Estaba éste con el humor que facilmente podemos imaginarnos se encontraria en su si-

tuacion un hombre de un genio intrépido y arrebatado. Habia visto robar á su hermana ante sus mismos ojos á dos hombres que creía por su clase incapaces é indignos de medirse nunca con él, y que entonces se habian burlado de su valor dirribándole, cometiendo su intento y mostrándose de sus amenazas. Añadíase además á esto, que ya era bastante para exasperar otro ánimo menos colérico y orgulloso que el suyo, haber estado mas de dos horas caido con su caballo, haciendo esfuerzos para levantarse, y sin haber podido siquiera mover la pierna, que tenia cogida debajo con tan crueles dolores, que solo podia calmarlos un tanto la ira que le sufocaba. En esto llegaron como se ha dicho los cazadores, y Hernando en cuanto los vió, — Juro á Dios, dijo, canalla, perros, que os he de mandar colgar de una almena: id, seguid por ahí todo derecho, á la izquierda han llevado á vuestra señora dos malsines como vosotros. Seguid por ahí, ¡vive Dios! ayudadme á salir de este maldito animal,

que creo que me ha de haber roto esta pierna.

No habia acabado de decir esto, cuando un cazador ya viejo, y que parecia el gefe ó capataz de los otros, gritó: — Vamos, pie á tierra dos de vosotros, tú Cantor, buen viejo, y tú Garci-Perez, ayudadme á sacar á nuestro amo.

Y diciendo y haciendo, cogidos dos de la cola del animal, y el viejo tirando de ambos brazos al caballero, lograron ponerlo en pie, aunque con mucha dificultad.

— Asi me sucedió á mí en la batalla de... dijo el que parecia capataz mientras apoyaba la pierna derecha en la barriga del animal, y tiraba por bajo de los brazos de su señor. Vaya una noche que pasé; toda la noche debajo de mi caballo sin poderme menear mas lejos que un caracol en medio minuto.

— ¿Y qué diablos importa á nadie lo que te sucedió esa noche? interrumpió Hernando lleno de enfado, y sin saber con quién desahogaria su cólera.

— Cierto es que no le importa á na-

die , replicó el veterano con la misma calma , pero á mí...

— ¡Basta por Dios , Nuño , basta ! y dadme ahí otro caballo y vamos , interrumpió otra vez el señor de Iscar.

— ¡ Que nunca me ha de dejar hablar ! Vamos , es lo mismo que el padre : no podía sufrir que hablasen delante de él , murmuró Nuño entre dientes. ¿ Pero qué , estais herido ? añadió mirándole con cuidado.

— No , no tengo nada , repuso Hernando con impaciencia.

— La sangre es de este pobre animal , respondió el viejo á quien Nuño habia llamado Cantor ; ha caido , sí , pero como un pino hendido por el hacha del leñador.

— Pobre Brioso , dijo entonces Nuño acariciando la frente del alazan : ¿ en dónde has venido á caer ! ya sé yo que tú eres leal para tu ginete ; vaya , que se encargue alguno en llevar á este pobre bicho al castillo ; quiero á este caballo , porque lo montaba muchas veces el pa-

dre de don Hernando y nos hemos hallado juntos en mas de un encuentro.

—Vamos, Nuño, Nuño, á caballo, gritó Hernando, reprimiendo su ira por el respeto que le imponia el mas antiguo servidor de su casa. Vamos, ¿asi olvidais que está mi hermana en peligro?

—Á caballo, contestó el veterano, y saltando en el suyo con mas ligereza que lo que prometian sus años, prosiguió diciendo: vamos, guiad adonde querais.

—Voto va, continuó, siguiendo á galope la senda por donde habia echado su amo; voto va, que es doña Leonor la joya mas rica que hay en la casa. ¡Cómo la queria su padre! ¡Y á mí me quiere tanto! Por Santiago, que me muera yo esta noche si no la saco aunque sea de mano de los filisteos. Mira, Cantor, añadió dirigiéndose á su compañero, ¿te acuerdas de don Jaime? mira, mira cómo se le parece su hijo; ahí va á caballo, que por detras me se figura que le estoy viendo. Te juro que como yo vuelva á hablar á doña Leonor... ¿cómo la llamabas tú

en tu canción?... Aquello de un cielo...

—Todo es poco, repuso el Cantor, para alabar aquellos ojos de dulzura y de magestad.

—Sí, pero dí la canción, insistió el viejo.

—¿Cómo quieres que recite yo versos al paso que vamos? ¿Te parece á tí que mis canciones son para oídas á galope, y en un camino?

—Toma, mas de una vez, replicó Nuño, las he tarareado yo yendo á escape á embestir á los enemigos: me acuerdo, en la batalla de...

—Calla, que el amo ha hecho alto y me parece que nos hace señas de que vayamos.

—Está de Dios, murmuró entre sí el buen viejo, que nunca me han de dejar hablar. En efecto era así como decía el Cantor. Hernando, adelantándose de toda su tropa, había seguido á todo el galope de su caballo el camino por donde presumía que Usdrobal y Zacarías habrían conducido á Leonor; pero habiendo llegado á un sitio cubierto todo de ma-

leza, y donde no habia seña de pisada alguna, creyó que habia perdido la senda, y los llamaba para tratar con ellos el rumbo que habian de seguir. Empezaba ya á oscurecer, y la tempestad, que habia hecho recojerse á los bandoleros, anunciaba ya su furia con algunos relámpagos de tiempo en tiempo. Poco impedimento era este para el ánimo del señor de Iscar, y mucho menos en la impaciencia que le agitaba; pero la absoluta ignorancia en que se hallaba del camino que habian tomado los robadores le tenia suspenso, y no sabia si pasar adelante ó volver atras. El convento del Pinar, único edificio aislado en aquel desierto, se descubria apenas á cierta distancia entre los árboles, y era de presumir que no habrian elegido aquel camino los bandoleros, siendo por razon del convento el mas facil que habia de hallar. Por otra parte el rio Piron, que corre alli cerca, era el paso que dividia las tierras de Iscar de las de Cuellar, y no era probable que hubiesen vadeado el rio hácia este punto,

siendo fama que aquella parte era la única en todo el país respetada de los ladrones. Perdido en estas imaginaciones había hecho alto, y á poco tiempo tuvo á su lado al Cantor y á Nuño, que llegando á él muy quedito le preguntaron si había descubierto algo.

— Nada, por mi desgracia, repuso Hernando. He venido todo el camino ojo alerta figurándome ver á Leonor tras de cada mata. La hemos perdido, añadió meneando la cabeza, y haciendo cierto rumor con la lengua contra los dientes de arriba que anunciaba la poca esperanza que le quedaba. ¡Cómo ha de ser! Será menester que nos retiremos; la noche trae mala cara.

— Poco importa la cara que traiga la noche, repuso Nuño, si sabeis algo, ó podeis darme á mí indicios de dónde podría yo encontrar á doña Leonor. Que por Santiago, las tempestades y yo nos conocemos ya ha mucho tiempo, y ni uno ni otro nos hacemos mal, y yo os prometo que como siquiera me indiqueis lo bas-



tante para que yo imagine dónde se puede hallar, la he de traer, ó me he de dejar de llamar Nuño Vero. Me acuerdo una noche...

— Lo mismo digo, interrumpió el poeta. ¿Qué será de nosotros en el castillo si no vemos brillar nuestra aurora en los ojos celestiales de la vírgen de Iscar? No, es preciso buscarla á todo trance; es preciso.

— Bravo, buen trovador, exclamó Nuño, que aunque resentido de las interrupciones continuas que ponía el poeta á su conversacion, le habia hecho olvidar la que acababa de sufrir el buen deseo que manifestaba; tú me acompañarás en mi espedicion esta noche; y vos, continuó dirigiéndose al señor de Iscar, os podeis retirar con la gente.

— La gente se podrá ir sola, repuso el señor de Iscar, que por Dios no se ha de decir nunca que dejé en el peligro á la que mi padre confió á mi cuidado.

— Pero señor, replicó Nuño, la noche va entrando, y el huracan ame-

naza ser espantoso, y aunque ya mas de una vez os he visto enristrar lanza contra...

— Ya he dicho, interrumpió Hernando, que la gente se puede ir, y que yo me quedaré con vosotros.

— Está de Dios que nunca he de acabar de decir lo que siento, susurró á media voz Nuño Vero, para quien no habia nada tan incómodo como que le interrumpiesen cuando estaba hablando.

— Mandad á la gente que se retire, continuó su amo.

— Sí, replicó el veterano, todos se irán, menos ese halconero nuevo que viene ahí con nosotros, y que conoce esta tierra como la palma de la mano. Y cuanto mas, que siempre me acuerdo que vuestro padre recomendaba tomar un guia para ciertos casos, y mas de un ejército se hubiera perdido si...

— Pues bien, llamadle y vamos, interrumpió el Cantor.

— Voto va, señor trovador, dijo iritado Nuño, que mas de una vez os he

dicho que nunca me interrumpáis cuando hable , y no parece sino...

—Vamos pronto , Nuño , antes que sea mas tarde , dijo Hernando.

— Otra que tal , exclamó el veterano al verse interrumpido de nuevo ; y metiendo espuelas á su caballo llamó al halconero , y ordenó al resto de la tropa que se retirase al castillo , lo que hicieron obediéndole , aunque todos con mucho disgusto y mas gana de acompañar á su amo que de retirarse. Quedaron , pues , solos los cuatro , y habiendo preguntado al halconero si sabia la habitacion de los bandideros , ó hácia qué parte podia caer , este respondió , que aunque no podia fijamente decirlo , creía que poco mas ó menos acertaria. Y sirviéndoles de guía echó delante , y poniéndose todos en marcha emprendieron su camino á poca distancia de él. Era este halconero el espía que , como se ha dicho , habia introducido Sancho Saldaña en el castillo de Iscar , y el que avisó al Velludo del dia y sitio en que habia de suceder la caza. Conocia á pal-

mos aquella tierra, y era en efecto el mejor guia que podia haber tomado nuestro caballero si hubiese ayudado su buena intencion á su habilidad. Pero su voluntad era de las mas torcidas, y en este momento no trataba nada menos que de entregarlos en manos de los bandidos para que los robaran y aprisionaran, y haciéndoles pagar su rescate, tener él parte en la presa sin apariencia de culpa alguna. Con este mal intento caminaba en medio de la oscuridad á la luz de los relámpagos que de tiempo en tiempo envolvian el bosque en un mar de fuego, deslumbrando á los caminantes, y sepultándolos en nuevas sombras y lobreguez. Era el halconero naturalmente cobarde, y el estallido de los truenos y el brillo de los relámpagos espantaban su caballo de tal manera que á cada instante paraba, renovando el miedo de su ginete con la supersticion que corría entonces de que estos animales veían espíritus y aparecidos cuando rehacios á la brida no seguian adelante su movimiento. Pero el veterano Nuño,

que tenia un temple de alma muy diferente, aunque en otras cosas pagara tambien tributo á la supersticion de su siglo, se acercó á él, y dijo á su amo:—El miedo de este necio le va á hacer perder el camino, y lo mejor será ponerlos á su lado no sea que vuelva gurupa en medio de la oscuridad y nos deje, como nos sucedió una vez el año de 1243, poco antes de...

—No me parece mal tu consejo, interrumpió Hernando, y poniéndose junto al guia, le dijo si estaba seguro del camino por donde iba.

—No mucho, repuso el guia, y creo que haríamos mejor en volvernos, porque el huracan amaga romper muy pronto, y puede sepultarnos entre la arena, cuando no debajo de algun piño de los que tronche.

—Cobarde criatura, respondió el cantor, debias dar gracias al que te ofrece ocasion de ver uno de los espectáculos mas sublimes de la naturaleza, cual es una tempestad.

\*

—Mas me gusta en noches como esta, replicó el guia, una bota de vino con buena cena y una mala cama bajo techado, que la tempestad mas bonita que vos os podeis pensar. Que por Dios, que no es bueno andar á estas horas por los caminos.

—Siempre he oido decir lo mismo á todos vosotros, replicó Nuño, pero ya yo entiendo los guias, que de algo me han de servir cuarenta años que llevo de andar por el mundo, y ya no soy ningun niño y no me la pega nadie. Me acuerdo una vez que le metí á un paisano... hará ahora diez años, el de 1274, dia de San José por la noche, cuando entramos en el reino de Granada diez mil peones y mas de tres mil caballos, que como iba diciendo...

—Acabareis, voto á tal, interrumpió Hernando, que con los truenos y vuestra sempiterna charla no puedo oir bien las voces que me parece que suenan ahí cerca.

—No son malas voces, respondió el halconero; es el bramido del huracan, y

lo mejor será que echemos hácia este lado, añadió dirigiéndose á las orillas del Adaja, sino queremos hallar aqui nuestra sepultura.

No habia acabado de decir estas palabras, cuando se desató el huracan con tanta furia, que tuvieron que apearse de los caballos, y de alli á poco sintieron crugir junto á sí los árboles y oyeron el estruendo de su caída.

— ¡Dios mio! ¡Vírgen Santa! gritó el halconero, tan despavorido y amedrentado, que sus miembros se paralizaron y no acertaba á moverse.

— Sácanos de aqui, ¡vive Dios! exclamó Hernando, cogiéndole fuertemente de un brazo, ó te barreno el pecho de una estocada.

— Adelante, pillo, gritó Nuño asiéndole del otro brazo, adelante, ó te ato ahí á un arbol para que observes despacio la tempestad como nuestro amigo el poeta, que está en sus glorias. Vamos, Cantor, ¿en qué diablos estás entretenido que no nos sigues?

El poeta entre tanto, sin acordarse del peligro que le rodeaba, contemplaba absorto á la luz de los relámpagos el trastorno sublime y la confusa belleza de la tempestad. Ya veía rasgarse el cielo en llamas y descubrir á sus ojos otros mil cielos ardiendo, ya seguido de espantosos truenos lanzarse el rayo en los aires brillante como las armas de mil guerreros, ya imaginaba que oía en los bramidos del huracan los cantos de guerra de un ejército numeroso.

— Vamos, trovador, síguenos, le dijo Hernando cogiéndole de la aljuba á tiempo que un relámpago le mostró el extásis de su poeta. El guia temeroso de Nuño, que iba aconsejándole de desvanecer el miedo, so pena de verse obligado á cumplir la promesa que le habia hecho, emprendió de nuevo su marcha, y el Cantor echó detras de él con su amo.

— En verdad, dijo, que mejor tempestad ni mas magnífico espectáculo hacia ya tiempo que no se presentaba á mis ojos. ¡Qué grandiosidad! No parece



sino que el cielo, y el bosque, y todo está ardiendo en la naturaleza, y el bramido del huracan suena como los quejidos de las fieras que ven desaparecer entre las llamas el abrigo á que se recojian.

En esto llegaron á la orilla del rio, en cuyas aguas rielaban los relámpagos como si el fondo fuera todo de fuego, y el guia pidió licencia para reconocer el terreno, pues, segun dijo, estaba alli cerca la caverna de los ladrones.

Como no habia motivo ninguno para desconfiar, el señor de Iscar no tuvo reparo en dársela, aunque muy á despecho de Nuño, que queria seguirle. Frató con todo de echar tras de él, y dejando su caballo al Cantor empezó á caminar á su lado; pero habiendo tropezado en las raices de los árboles á tiempo que un relámpago le deslumbró con su luz, cuando volvió á levantarse halló que el guia habia desaparecido, haciéndoselo creer del todo que habiéndole llamado á voces no respondia.

—Mal haya yo, exclamó, que te solté

el brazo cuando caí por no romperme las narices, y no hice que te rompieras el alma haciéndote caer conmigo. ¡Tunante! ¡Hola, malsin! ¿dónde andas? yo te juro que si te cojo, que te he de enseñar á no abandonar otra vez en tu vida al que te tome por guia. Y no es eso lo peor, sino que, ¿cómo vuelvo yo ahora adonde ha quedado mi amo y ese maldito Cantor, que siempre me interrumpe en lo mejor de mi conversacion? Mira, malsin, prosiguió gritándole al guia, vuelve, voto á tal... Bien decia mi amo el padre de don Hernando, que á veces era precaucion necesaria llevar atado el guia de modo que no se pudiese escapar. Si yo le pudiese coger; ¿pero qué? pies para qué os quiero; irá ese tunante por ahí con el miedo que lleva que no le alcanzará el viento. Hasta el castillo lo menos no pára de correr. Pero á bien que mañana será otro dia.

No era el camino de Iscar el que habia tomado el halconero, y el buen Nuño se engañaba en su pensamiento, no sien-

do el miedo solo sino su mala intencion lo que le hizo desaparecer. Con todo, las voces de Nuño le asustaron de tal modo creyéndose perseguido, que sin ir directamente á la cueva de los bandidos se agazapó y escondió entre unos matorrales hasta que cesó enteramente de oirlas. Entonces, arrastrándose como pudo, se deshizo hácia el rio junto á la boca de la caverna por dar el alarma entre los ladrones, y avisar al Velludo que sorprendiese y robase al señor de Iscar. Pero cuando ya estaba próximo á cumplir su traicion é iba á entrar en la cueva, fue cuando un espectro que él temia mucho, y conocia muy bien, salia de ella agitando una encendida tea, teniendo asida de la mano una hermosísima jóven que le seguia toda trémula y demudada, y en quien el halconero reconoció á Leonor. No creyó menos al ver la repentina aparicion, sino que aquella cueva era la entrada del otro mundo, y recojiendo en su mente cuantas oraciones y rezos pudo recordar en aquel apuro, empezó á santiguarse

muy de prisa y á correr con mas miedo de la aparicion que de todo el riesgo con que le amenazaba la tempestad. Entretanto la maga apagó la antorcha, acaso por precaucion, y emprendió su marcha sin hablar palabra á Leonor, y sin soltarla del brazo, mientras esta la seguia como por instinto.

En esto Nuño, que siempre hablando entre sí habia seguido adelante por la orilla del rio, tropezando aqui, cayendo allá, y cada vez levantándose con mas brío con la esperanza de hallar el guia, vió á la luz de un relámpago un bulto negro que se deslizaba y desvanecia entre los árboles.

—¡ Ah malsin ! exclamó ; ya te he visto, y por Santiago que te he de atrapar ó mal me han de andar las manos.

Y favorecido de otro y otro relámpago que se sucedieron, siguió el camino que á su entender habia tomado el bulto que él imaginaba el guia. Pero no habia andado muchos pasos, cuando crujiendo en mil astillas y estallando un pino

en dos partes tronchado por el huracan, vino al suelo con grande estrépito tan cerca de él, que rozándole con las ramas le hizo dar en tierra cuan largo era. Mil remolinos de arena pasaron sobre el pobre Nuño, y cuando pudo levantarse y abrir los ojos á la luz de un relámpago, divisó una cosa negra en el viento á cierta distancia, que á su entender cuando volvió la oscuridad habia desaparecido en el aire con el relámpago. Ya hemos dicho que Nuño no dejaba en ciertas cosas de ser algo supersticioso. Habia visto aquel bulto, que él imaginaba el guia, justamente junto al arbol que le habia á él derribado atropellándole en su caída, y siendo de presumir que el bulto negro hubiese caido precisamente debajo, cuando fue con intencion de ver si estaba reventado ó no, halló únicamente el tronco del arbol, y no oyó quejido alguno, ni tentó ningun cuerpo humano, como él aguardaba encontrar. La vista del mismo bulto poco despues en el aire, á lo que él se habia imaginado,

trastornó completamente su juicio, y se dió á pensar que el halconero habia muerto efectivamente en la caída del árbol, pero que apenas habia espirado, los diablos se lo habian llevado por los aires en cuerpo y alma.

Ya me figuraba yo, se decia á sí mismo, que tú no eras bueno segun el mucho miedo que tenias de andar de noche á estas horas; pero nunca creí que apenas cayeses en tierra muerto te hiciesen volar por los aires. ¡Jesus! ¡Jesus me valga! Siempre me acordaré de aquel peregrino de tierra santa que contaba el caso de aquel condenado. ¿Pero qué diablos habria hecho este pobre halconero sino beber algun dia algun trago de mas, ó dar suelta al halcon de cuando en cuando sin que lo supiese el amo? Yo para mí tengo que con un poco de purgatorio tendria bastante. ¡Quién sabe !!...

Entretenido en estos pensamientos caminaba, sin saber dónde, cuando el ruido de dos caballos que se acercaban le despertó de ellos, y parando el oido

por si acaso le engañaba el viento , dijo:

— Ya os conozco, ya os conozco , que son el Rubí y el Moro que traen al amo y á nuestro músico. No hay caballo en el castillo que si le siento andar no le conozca yo por su nombre. No habia acabado de decir esto , cuando su amo y el Cantor llegaron junto á él , y pararon habiéndole conocido en la voz.

-- ¿ Qué diablos haces ahí , Nuño ? le dijo su amo : ¿ dónde está el guia ? ¿ y cómo nos habeis dejado alli tanto tiempo ?

-- Muchas preguntas son esas , replicó Nuño , y para responder á todas con claridad...

— Vamos, hombre, responde, interrumpió Hernando , sin meterte en dibujos...

-- Señor , respondió Nuño , no tengo que decir mas , sino que el pobre halconero , por muy lejos que esté el infierno, debe á estas horas estar ya en él , segun el paso á que ví le llevaban los diablos.

-- ¿ Estás loco , Nuño , exclamó Her-

nando, ó te atreves á burlarte conmigo?

— Señor, respondió Nuño con gravedad, hace cuarenta años que entré al servicio de vuestro abuelo, y desde entonces hasta ahora no hay hombre viviente que pueda decir que me ha oído mentir una vez en mi vida. Lo que digo es tan cierto como que lo he visto yo, y repito que le ví llevar en volandas por los aires como no quisiera que me llevasen á mí; y como no creo que haya volado nadie hasta ahora, sino es en posta para el infierno, ó por permiso de Dios para ir al cielo, me inclino á creer que nuestro guia ha tomado el primer camino.

— Vamos, maese Nuño, sin duda que estais loco, respondió el Cantor.

— Vos lo estareis, señor músico, replicó Nuño encolerizado, que yo no lo he estado en mi vida, y sabed que si al hijo de mi amo le sufro que me diga lo que le parezca, no por eso aguanto que...

— Reportaos, Nuño, interrumpió el señor de Iscar, y vamos á nuestro casti-  
llo, si es que podemos acertar con él.



¡Cómo ha de ser! continuó dando un suspiro; hemos perdido á Leonor, y ya veo que esta noche es imposible encontrarla.

Dicho esto, dió el Cantor su caballo á Nuño, y llevando del diestro el que habia servido para el guia, echaron á andar en silencio, aunque Nuño no dejó de murmurar todo el camino picado con el poeta que le habia llamado loco, y á cada paso le interrumpía. Por último, al cabo de muchas vueltas y revueltas, y despues de haber perdido mas de una vez el camino, llegaron al castillo de Iscar, en cuyas almenas ardian las alumbradas, que se llamaban almenaras, y que habia costumbre de encender de noche siempre que se queria comunicar algun aviso á otras fortalezas, ó de dirigir tropa ó caminantes extraviados. Poco antes de llegar, y para mayor desgracia, la tempestad se deshizo en lluvia con tanta furia que parecia que el cielo se desgajaba y deshacia en agua: asi que, muertos de cansancio, calados y desesperados del mal éxito de su empresa, entraron en el castillo Her-

nando, el viejo Nuño y su contrapunto el Cantor, lleno el primero de impaciencia y de mal humor y deseando que amaneciese, agitado de mil temores por la situación en que su hermana se encontraría. Al echar pie á tierra Hernando, el page que le tenia el estribo se acercó á él y le dijo, que aquella tarde, poco antes de oscurecer, un caballero armado que venia del castillo de Cuellar habia estado á avisar que el robo de Leonor se habia cometido de orden de Sancho Saldaña. Era la peor noticia que despues de tantos hazares podia recibir el señor de Iscar, y la que mas lastimó su orgullo y su corazon. Hasta entonces el cuidado por su hermana limitaba á chocar con una horda de bandidos y deshacerla; pero cuando supo que era el señor de Cuellar el robador de su honra, y recordó la escena que habia pasado entre su padre y él, su cólera rompió en mil imprecaciones y amenazas jurando extinguir hasta el nombre de su enemigo. Subió á su cuarto acompañado de Nuño, bramando como un to-

ro, confuso y desesperado, sin saber qué partido tomar en circunstancias tan apuradas, adoptando ya uno, ya otro, y desechando todos. Por una parte conocia el poder del señor de Cuellar y la nulidad del suyo si le declaraba abiertamente la guerra, por otra no tenia otro medio de romper con él. Por último, se resolvió á ir á buscarle á su castillo, tacharle de traidor y desafiarle.

— ¡Infame! gritaba en su desesperacion paseándose por la sala; tú no querias mancharte en la sangre del amigo de tu infancia, pero querias mancharle con la deshonra de su propia hermana. Yo te juro ¡oh! ¡sí! que me he de hartar de tu sangre. ¡Traidor, traidor á tu rey y al que llamabas en otro tiempo tu amigo!

— Señor, exclamó Nuño, tranquilizaos: ¿qué nuevo motivo hay para que os dejeis arrebatarse de esa furia? ¿Ha sucedido algo mas á doña Leonor?

— ¡Leonor! ¡Leonor! exclamó Hernando lleno de pesadumbre: ¿por qué no moririais en la cuna antes de deshonrar

la sangre de nuestro padre? Pero no, tú no tienes la culpa, tú eres inocente y pura como el día en que naciste... ese monstruo... solo ese monstruo, ¡oh! ¡oh!

Y diciendo esto se arrojó boca abajo contra la cama, bramando de cólera y de dolor.

— Señor, gritó Nuño, ¿qué teneis?

— Nada, repuso el señor de Iscar, levantándose como avergonzado de haber dado rienda suelta á su dolor delante de su criado, nada; vete, déjame.

— Pero señor... repitió el veterano, sentido de que su amo no se franqueara con él.

— Nada, Nuño, nada, repuso Hernando con calma. ¡Cómo ha de ser! hemos perdido á Leonor. Vete á descansar, vete; y empujándolo suavemente cerró la puerta, quedándose solo en su habitacion, donde pasó la noche entre quejas y maldiciones, pensando en los medios de vengarse de su enemigo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.